

**FONTANA, Josep.** *La historia de los hombres del siglo XX.* Editorial Crítica, Barcelona, 2002, 230 págs. + índice. Publicado en formato libro de bolsillo.

## Presentación

Este trabajo es un resumen de este libro de Josep Fontana, para la asignatura de Historiografía Actual II, de 5º curso de la Licenciatura de historia de la Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Málaga, para el curso escolar 2009/2010. Dicha asignatura ha sido impartida por el catedrático de ciencias historiográficas, Fernando Wulff, durante el presente curso.

Al abordar el resumen, he procurado no reducir las escuelas o tendencias, citando a los historiadores principales y sus influencias, aunque algunos comentarios accesorios de obras sí han sido suprimidos, ya que Fontana da autor y comentario, con el fin de completar visiones ya expuestas.

El enfoque ha sido el procurar que el trabajo quede preparado para una búsqueda rápida de autores y obras principales, para consultas posteriores; así que los autores y otros nombres de personajes influyentes están resaltados con negrita, siempre que se comience a hablar de ellos, o se intercalen sus opiniones con otras influencias. Los nombres de las obras se han subrayado, además de ir en cursiva, también para su resalte. Solamente he escrito en cursiva simple las palabras en idioma extranjero, mientras que los nombres de las escuelas o instituciones no van resaltados especialmente.

He tratado de respetar el estilo del escritor, aunque simplificando en gran medida algunas frases largas o demasiado aparatosas y resumiendo las ideas que contienen en el texto original, con el objetivo de facilitar el estudio y consulta posteriores de los temas y autores principales, en líneas generales, tal como está dispuesta la asignatura. También he respetado la numeración y los títulos de los capítulos del libro original, para facilitar futuras búsquedas en caso de tener que consultar de nuevo la obra de Fontana.

Con el mismo interés de que este resumen pueda serme útil como herramienta para investigaciones o estudios posteriores, he introducido al final de cada capítulo listas de los autores de la bibliografía que el profesor Fontana considera esencial, y que recoge detalladamente al final.

## Prólogo

Para confeccionar este libro el autor ha desgajado la última sección de una obra anterior, *La historia de los hombres*, que trata desde los orígenes hasta el siglo XX y un análisis crítico de las corrientes historiográficas en el presente. Simplificando el aparato crítico y revisando el texto, presenta un libro actual y más legible que el trabajo inicial.

### 1. El agotamiento del modelo académico tradicional (1918-1939)

A comienzos del siglo XX aparece el agotamiento de los métodos de erudición histórica al uso, es decir, las tendencias positivistas e historicistas que pretendían amoldar la historia a los parámetros de las ciencias puras, produciendo historias que exacerbaban el nacionalismo de las diferentes naciones-Estado de Europa. Esto unificaba la visión histórica en un solo punto de vista en las universidades.

La Primera Guerra Mundial supuso una quiebra en las concepciones universales de la sociedad científica decimonónica. En la sociedad aparecen nuevos problemas a los que la historia vigente no puede dar explicaciones válidas. Aparece la sociedad de masas, que espera cambios positivos en justicia e igualdad. Es el momento de las grandes huelgas obreras y del crecimiento del partido comunista en Europa. **Ortega y Gasset** en 1922, buscaba explicación a estos fenómenos en *La rebelión de las masas*.

La historiografía tradicional, ocupada de los reyes y los dirigentes quedó fuera de estas preocupaciones, siguiendo en su línea habitual. Desde otras ciencias, como la sociología y la antropología, comienzan a llegar críticas a los viejos métodos de la historia. En este plano, los pioneros serán **Durkheim** (1858-1917), **Tönnies** (1855-1936) y **Weber** (1864-1920).

**Durkheim** señala que la primera regla del método sociológico era la de considerar los hechos sociales como cosas, debiendo ser estudiados al margen de lo individual, examinando las funciones que cumplen en su propio medio.

**Tönnies** se basó en la dicotomía entre “comunidad” (*Gemeinschaft*) y “sociedad” (*Gesellschaft*), como marco al resto de dicotomías de la sociedad y de su interpretación.

**Max Weber** será el más influyente de los tres. Estaba especialmente interesado por encontrar en la política prusiana una tercera vía entre el conservadurismo prusiano y el marxismo. Frente a los neokantianos, que reducían el estudio a lo individual y concreto, Weber definió el método de los “tipos ideales”. También enunció su postulado de la “neutralidad ética”, que llevaba al científico social a separar su trabajo de investigación de cualquier juicio de valor. La crítica a este método viene de ser factible su aplicación a hechos puntuales, pero no a perspectivas globales o a la visión del

mundo del historiador, convirtiéndose la neutralidad en una trampa. De la obra de Weber lo más destacado es *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Este libro fue publicado en 1905 y reeditado en los años '20. Estudia el papel de la religión en el desarrollo económico.

Los enfoques de **Weber** quedaron atrás en los años '60, cuando aparece la sociología funcionalista de **Talcott Parsons** y **Ernst Nolte**, llamados por **Fontana** la izquierda weberiana.

Cercano a este funcionalismo, pero en el ámbito de la antropología está **Franz Boas** (1858-1942). Influencias renovadoras proceden también de **Durkheim** y **Marcel Mauss** (1872-1950), inspiradores de antropólogos británicos como **E. R. Radcliffe-Brown** (1881-1955) y **Bronislaw Malinowski** (1884-1942).

En arqueología, los modelos explicativos pasaron del difusionismo al funcionalismo, hasta **Gordon Childe**. En economía aparece **Karl Polanyi** y sus discípulos. Pero el ataque final a la ortodoxia vino desde los filósofos. **Karl Popper** negó a la historia la capacidad de predecir, por no contar con leyes, con lo que le negaría todo valor científico. También **William Dray** estaba en esta línea y despreciaba a la historia como ciencia por carecer del valor de explicar, haciendo sólo posible describir. Al mismo tiempo, **Arthur C. Danto** rebatía las tesis de Dray, afirmando que este debate era puramente verbal, sin tener obligación la historia de recurrir a leyes generales.

Algunos de estos planteamientos filosóficos influirán en historiadores de la época, como **Benedetto Croce** (1866-1952) o **Robin G. Collingwood** (1889-1943).

**Croce** fue un historiador de la época de Mussolini cercano a las posturas del fascismo moderado. Elaboró una doctrina de historicismo absoluto que identificaba filosofía e historia. Acuñó la modalidad de “historia ético-política”, es decir, la historia de la razón humana y sus ideales como base de la historia de la civilización y del Estado. Todo para Croce se reduce a historia contemporánea, porque reconstruimos todos los hechos por remotos que sean en el tiempo, bajo nuestras propias necesidades presentes. Todo es un fluir, no existe la universalidad, sino el conjunto de experiencias vivenciales.

**Collingwood** fue un filósofo y arqueólogo británico, seguidor y amigo de Croce, aunque con visión propia. En su libro inacabado *La idea de la historia*, presenta a la historia como reactualización de las experiencias pasadas, atacando el concepto de historia positivista para penetrar en el pensamiento de las gentes que se estudian. Para él la historia se basa en un conocimiento razonado, pero no abstracto, sino concreto. Para acercarnos a este conocimiento, debemos usar la “imaginación histórica”, por ello, el conocimiento histórico tendrá para él como objeto al propio pensamiento.

Para **Fontana**, las morfologías son hijas del neokantismo y la filosofía de la vida, ya que se basan en la idea de que lo que no puede alcanzarse en historia mediante formulación de leyes, se puede obtener mediante la comparación de regularidades. Estas regularidades permitirán fabricar pautas cíclicas, llegando a poderse predecir el futuro.

**Oswald Spengler** (1880-1936) publicó, después de la Primera Guerra Mundial *La decadencia de occidente*, libro que se hizo famoso rápidamente y que se nutría de las

corrientes irracionales en boga, como del eterno retorno de **Nietzsche** o el vitalismo de **Dilthey**; así como también los puntos de vista de **Wagner**, **Haeckel** o **Ibsen**.

La obra de **Spengler** ofrece una visión global de las ocho grandes civilizaciones mundiales de la historia, para establecer las reglas de las leyes de la decadencia de la única cultura existente en su tiempo. Para Spengler, la ciencia usa leyes, mientras que la historia usa la intuición. Por ello, la morfología de las ciencias naturales es diferente a la de la historia. Cada cultura es un fenómeno cerrado, peculiar e irrepetible, pero la historia de cada cultura presenta una morfología que permite su comparación y la comprensión del presente. Los nazis en principio, identificaron la obra de Spengler como un presagio del triunfo de su “nuevo orden” tras la crisis, aunque más tarde llegarán a considerar esta obra como demasiado conservadora. **Troeltsch** criticó la obra de Spengler tachándola de estar basada en bibliografía secundaria y llena de datos falsos y analogías equivocadas.

**Spengler** ofreció una visión culturalista y simple de la historia, de fácil manejo, que alcanzó gran popularidad en su momento. Ello para **Ortega y Gasset** significó arrebatarse la historia a los historiadores y entregarla al hombre común para que pudiera hacer sus propias especulaciones y descubrimientos.

Otro morfólogo se puso de moda después de la Segunda Guerra Mundial, **Arnold Toynbee** (1889-1975), al que se llegó a considerar el historiador más grande del mundo con su *Estudio de la historia*, de doce volúmenes. Este libro ha sido hoy olvidado y acusado de constituir un engaño intelectual de gran magnitud. En su *magnum opus* (inmenso poema teológico en prosa), Toynbee mostraba la sucesión de veintinueve sociedades o civilizaciones que nacen como consecuencia de la necesidad de superar factores adversos que suscitan estímulos para ser superados. Para él habrá veintiuna civilizaciones plenamente realizadas, tres abortadas y cinco frenadas. Los protagonistas de esto serán algunos individuos excepcionales y pequeñas minorías creadoras, que hallarán caminos que los otros seguirán por imitación. Ejemplos de estos creadores serían San Pablo, Buda, Mahoma, Dante, Maquiavelo... Cuando las sociedades se estancan, las minorías creadoras pierden creatividad y las anteriores masas imitadoras ahora pasan a ser refractarias. Estas masas refractarias crean una iglesia universal, y los pueblos vecinos se vuelven hostiles. Así se prepara interna y externamente el hundimiento del Imperio, y se crean las condiciones para una nueva sociedad.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Toynbee alcanzó gran éxito en Norteamérica, nación representante del mundo libre en aquellos momentos. Allí se confeccionó un compendio de su obra en un solo volumen por **David Somervell**, que alcanzó grandes ventas. Pero Toynbee a partir de entonces, sólo hizo readaptar su obra a los tiempos de la guerra fría, por lo que el éxito decayó y pronto concluyó.

Aunque hoy día **Spengler** y **Toynbee** no son tomados en serio como historiadores, su influencia no ha desaparecido, y aún se estudian estas viejas morfologías por sociólogos y politólogos civilizacionistas.

La filosofía de la historia sin embargo, no influía decisivamente en el grueso de los historiadores. En el período de Entreguerras era necesaria la historia nacional para justificar planteamientos y reivindicaciones de las nuevas fronteras europeas. La derrota

de Alemania suscitó en la Alemania de Weimar un intento de renovar la enseñanza de la historia para superar el ultranacionalismo conservador imperialista anterior, pero pocos docentes se acogieron a esta renovación. Mientras, van apareciendo historiadores, sociólogos y folkloristas, que proponen la *Volksgechichte* o historia de raza, que comienza a sustituir el concepto de nación.

El Berlín de Weimar, que era la vanguardia cultural de la época de Weimar, no lo fue en términos académicos, aunque vieron la luz una obra interesante de **Johan Huizinga** (1872-1945), un holandés educado en Alemania, llamada *El otoño de la Edad Media*, que enlazaba arte, literatura, religiosidad y formas de vida.

Los historiadores alemanes se mostraron afines al nazismo, al Führer, al Tercer Reich, al nacionalsocialismo, y a los planes de conquista de Europa, incluso al racismo; por convicción propia más que por oportunismo.

El medievalista de prestigio internacional, **Percy Ernst Schramm** (1894-1970), se mantuvo hasta el final fiel a Hitler y escribió un elogio sobre su persona. Muchos historiadores judíos como **Hajo Hollborn**, **Felix Gilbert** o **Hans Baron**, fueron obligados a dejar el país, siguiendo su carrera en Norteamérica. Otros, como **Ernst Hartwing Kantorowicz**, terminaron marchándose a pesar de sus afinidades nazis, por el hecho de ser de origen judío.

En Italia, como hemos dicho, historiadores como **Benedetto Croce** y **Gioacchino Volpe** congeniaban con el fascismo, si bien Croce se apartó de él pronto. **Volpe** escribió en 1932 para la *Enciclopedia Italiana* un largo artículo sobre la historia del fascismo que se reeditó como libro y se convirtió en historia oficial del partido.

Por el caso británico de Entreguerras, contamos con **sir Lewis Namier** (1888-1960), judío polaco nacionalizado, historiador político con gran interés por el psicoanálisis; y a **John H. Clapham** (1873-1946), historiador de la economía interesado por la pura cuantificación.

**Fontana** compara el inmovilismo académico oficial con el gran empuje de las recién creadas tendencias de la historia económica y social, que están surgiendo paralelamente.

En Francia es la época de **Henri Berr** en *Annales*, y del historiador belga **Henri Pirenne**. Sin embargo, la derecha careció de buenos ideólogos, aunque recurrió a aficionados como **Bainville** o **Gaxotte**.

Surge otro movimiento de historiadores que pretenden escribir una nueva “historia económica y social”, que se ocupase de temas comunes a la mayoría y no a la historia de los reyes y de las clases dirigentes. Aparecen en este momento los estudios dedicados al papel de la mujer en la historia.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 1:

Berger, Stefan; Mark Donovan y Kevin Passmore, eds.  
Boer, Pim den  
Boureau, Alain  
Cantor, Norman F.  
Carey, John

Colley, Linda  
 Collingwood, R. G.  
 Croce, Benedetto  
 Danto, Arthur C.  
 Dray, William  
 Dussen, J. van der  
 Galasso, Giuseppe  
 Gardiner, Patrick  
 Harris, Marvin  
 Huizinga, J.  
 Kon, I. S.  
 Rowse, A. L.  
 Sanderson, Stephen K., ed  
 Shalom, Albert  
 Soffer, Reba N.  
 Toynbee, Arnold  
 Trigger, Bruce  
 Wiley, Norbert, ed.

## 2. La historia económica y social

Se trata del conjunto de respuestas que se dieron a la insatisfacción por el viejo modelo de historia política y minorías dirigentes. A partir de ahora se incorporarán a la historia, el trabajo, la producción y los intercambios; en general, el conjunto de la sociedad. Esta nueva visión de la historia evolucionará de formas diferentes según escuelas y países.

En Gran Bretaña, **Sidney y Beatrice Webb** escribieron obras sobre historia del sindicalismo británico y sobre *El gobierno local inglés*. Otro escritor, **Hammond** realizó una obra en tres volúmenes sobre los trabajadores rurales, urbanos y especializados. Y otro más, **GDH Cole**, publicó *The common people*.

Además de esta corriente progresista, en Gran Bretaña funcionó la corriente tradicional liberal, con **G. M. Trevelyan** (1876-1962), que escribió *Historia social de Inglaterra*, donde trata de la vida cotidiana en el hogar, el trabajo y el ocio.

Una de las líneas principales de los años '20 fue la del London School of Economics, donde **Eileen Power** (1889-1940) trabajaba junto con **R. H. Tawney** (1880-1962) en cursos para trabajadores de la Workers Educational Association, de tendencia socialista cristiana. **Tawney** escribió *La religión y el ascenso del capitalismo*, publicado en 1926, obra de corte anti-weberiano, basada en las crisis y la voluntad de reforma social.

A través del estudio de esta historia económica y social, se pretendía alcanzar una ciencia de la sociedad necesaria para el futuro.

En 1926 **M. I. Rostovtzeff** (1870-1952), historiador ruso emigrado tras la revolución rusa, publicó *Historia social y económica del Imperio romano*, donde analiza el ascenso y la ruina de Roma en términos de alianzas y enfrentamientos de clase. La duda que surgirá de esta obra viene de la observación del inicio de la decadencia de las civilizaciones, justo cuando éstas penetran en las masas. Este autor publicó una segunda obra de líneas similares titulada *Historia social y económica del mundo helenístico*, donde presenta las fuerzas creativas y destructivas de este otro gran pueblo.

En estos años se fundan la *Economic history society* (1926), y su revista *Economic history review*.

Estos estímulos harán eclosionar, después de la Segunda Guerra Mundial el grupo de los llamados historiadores marxistas británicos, que realizarán un análisis crítico del capitalismo, tratando de convertir su historia social en una historia de la sociedad, según **Eric Hobsbawm**.

En Francia, la historia socialista era ya tradición, inspirada por **Jean Jaurès** (1859-1914). Este profesor de filosofía socialista se enfrentó a los presuntos herederos de Marx y combatió su economicismo primario. En una de sus conferencias en París, en 1894, sostuvo que si bien las fuerzas económicas son el motor del cambio histórico, la dirección en que éste se mueve es determinada por la aspiración perdurable del hombre a la justicia, lo que explica que el progreso no pueda medirse sólo en términos de crecimiento económico.

La respuesta a las tesis de Jaurès la dará el comunista ortodoxo **Paul Lafargue** en 1895, convencido de que el capitalismo llevaba ineludiblemente a la sociedad hacia el comunismo, por lo que la revolución ya no es necesaria, y esto le lleva a tranquilizadoras posturas reformistas.

El trabajo historiográfico de **Jaurès** se manifiesta en su excepcional *Historia socialista de la revolución francesa* (1901-1904), que analiza la revolución francesa bajo claves económicas y de enfrentamiento de clase.

Otro socialista era **François Simiand** (1873-1935), economista y sociólogo que dedicó especial atención a los problemas metodológicos, combatiendo la historia positivista o historizante, preocupada tan sólo por los acontecimientos puntuales.

La misma línea seguiría **Ernest Labrousse** (1895-1988), discípulo de **Aulard** y **Aftalion**, proveniente de familia artesana, y militante durante la resistencia. Trabajó en la redacción de *L'Humanité*. Fue primero socialista, después comunista y luego, de nuevo socialista. Su obra más importante será *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*. Propone un método de relación de fluctuaciones económicas entre precio, producción, rentas y salarios; y su repercusión sobre las diversas clases de la sociedad.

En 1929 comenzó la publicación en París de *Annales d'histoire économique et sociale*, dirigida por **Lucien Febvre** (1878-1956) y **Marc Bloch** (1886-1994), dos profesores de la Universidad de Strasburgo que se trasladaron. Bloch fue a la Sorbona, y Febvre al Collège de France, y desde allí dirigieron la revista. *Annales* agrupaba un conjunto de tendencias de las ciencias sociales francesas como la geografía humana de **Vidal de la Blanche**, la sociología de **Durkheim**, la historia de **Henri Berr** (1863-1954) y la del belga **Henri Pirenne** (1862-1935). Pirenne publicó sus famosos *Les villes dum oyen âge. essai d'histoire économique et sociale* (1927) y la póstuma *Mahomet et Charlemagne* (1937).

La influencia de la geografía será muy importante para ambos directores de *Annales*. **Febvre** publicó *La terre et l'évolution humaine* y *Le Rhin. Histoire, mythes et réalités*. **Bloch** se ocupó de la historia rural francesa, desde las relaciones de los

hombres con el medio. Alrededor de *Annales* se crearon mitos, alimentados por el propio Febvre, que presentaban a estos profesores al margen del sistema, luchando un combate heroico por la historia.

Los criterios metodológicos de *Annales* eran imprecisos y los directores discrepaban entre sí. Febvre, interesado por la historia cultural y religiosa, se queja del exceso de erudición de Bloch, que abordaba principalmente temas económicos.

En los años '30, los jóvenes profesores publicaron sus grandes libros y establecieron su reputación, pero la revista no había tenido mucho éxito, y las discrepancias entre Bloch y Febvre se acrecientan.

Cuando Alemania derrotó a Francia en 1940, los dos directores se hallaban separados. **Bloch**, judío, sobrevivía difícilmente en la Francia no ocupada, donde escribió *L'étrange défaite*. Mientras, **Febvre** seguía publicando la revista en París, figurando su nombre como único director. Poco después la revista cambia de nombre, llamándose ahora *Melanges d'histoire sociale* (1942-1944), sin mención de ningún director. Tras el inicial rechazo de Bloch, Febvre lo convence para que siga escribiendo en la revista con el pseudónimo de **Fougères**. Bloch se encuentra en una situación crítica, ya que ese le ha negado el permiso para trasladarse con su familia a Estados Unidos, y poco tiempo antes de ser torturado y asesinado en Lyon por los alemanes, escribió *Apologie pour l'histoire*, durante su militancia en la resistencia.

En realidad, la historia real de la escuela de *Annales* comienza en la postguerra con el ascenso personal de **Febvre**, ahora personaje clave de la cultura oficial y la vida científica francesa. En 1946 reemprende la publicación de la revista, rebautizada como *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, denominación que se mantendrá hasta 1993. En 1947, Febvre y el equipo de la revista se trasladan a la École Pratique des Hautes Études, creada con la ayuda de la Fundación Rockefeller. Colaboran en esta etapa **Morazé, Braudel, Labrousse, Leroi-Gourhan**, y más tarde **Aron, Barthes, Bourdieu, Le Goff, Vilar...**

La propuesta principal de *Annales* es condenar la historia estrictamente política y tratar científicamente las actividades y creaciones de los hombres de otros tiempos. Pero no será la economía la que ocupe el lugar privilegiado en la investigación, sino un tipo de historia social relacional sin jerarquización, mezclando las condiciones morales, técnicas, espirituales.

Las ciencias sociales serán relacionadas con la historia y modernizarán sus métodos de trabajo, dejando de basarse éstos, únicamente en documentos escritos. Así la teoría quedará sustituida por los diferentes métodos aplicados. Sin embargo, **Labrousse** y Braudel, continuarán por las sendas de la historia económica herencia de **Simiand** y de los maristas, y ello sacará a la revista de la indefinición temática.

**Labrousse** produjo *Historie économique et sociale de la France*, haciendo hincapié en la economía como motor de todo lo demás.

**Braudel** enseñó en Argelia y Brasil. En 1935 trabajó con **Lévi-Strauss** y **Monbeig** en los primeros pasos de la Universidad de Sao Paulo, habiendo trabajado años antes en Simancas para su tesis, que redactó siendo prisionero de los alemanes, *La*



*Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*. Esta tesis fue leída en 1947. Plantea la historia en tres pisos: inmóvil (geográfica y climática), de ritmo lento (historia social), y de tiempo corto (individuos y acontecimientos). *El Mediterráneo* era una fórmula atractiva que permitía ordenar materiales y vías de conocimiento, un “motor de tres tiempos”.

A la muerte de Lucien Febvre en 1956, **Braudel** dirigirá la revista y el ambicioso programa de expansión académica en torno a ella. Aparecen nuevos autores como **Crouzet, Chaunu, Romano o Duby**; y *Annales* se exporta a otros países, con particular éxito en EE.UU., por ser la alternativa a los riesgos del marxismo. Como garantía cuenta con un equipo de excomunistas reconvertidos, como **Le Roy Ladurie** o **François Furet**.

El apogeo de *Annales* se potencia en 1968, con la crisis de la universidad. **Braudel**, el viejo maestro, es defenestrado y el grupo de los antiguos comunistas toma la dirección, rechazando el programa globalizador de Braudel y condenándolo al ostracismo, hasta varios años después, cuando ya desaparecido éste, volverán a recuperar su memoria.

**Braudel** también escribió, en su etapa postannales, *Civilización material. Economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, aparecido en 1979. Esta obra mantiene la estructura ternaria, pero esta vez basada en: civilización material; intercambio mercantil transparente y regular; y por último las jerarquías, monopolios y privilegios, o zona oscura. En sus últimos estudios profundizó en el tema de la economía sumergida, los pequeños talleres domésticos, el trabajo negro...

En EE.UU., desde 1918 aparecen los “new historians” o historiadores progresistas, basados en el precedente de **Turner**, e influidos por **Seligman** y **Mannheim**, que romperán con el mito del objetivismo. Entre estos historiadores progresistas están **Carl Becker** (1873-1945) y **Charles A. Beard** (1874-1948).

**Beard** publicó en 1913 una obra provocadora, *Una interpretación económica de los Estados Unidos*, donde interpreta que el texto de la Constitución es una garantía para la defensa de la propiedad privada.

**Becker** fue autor de un estudio sobre las ideas de los ilustrados, *The heavenly city of the eighteenth Century philosophers*, 1932; y de un discurso presidencial en la American Historical Association, donde defendía los principios de un relativismo que abandonaría al final de su vida.

Estados Unidos, a diferencia de Francia o Gran Bretaña, tenía su historia económica en manos de economistas, con menos preocupaciones sociales que los historiadores de la economía europeos, formados específicamente como historiadores.

**Simon Kuznets** analizó los “long swings” u ondas largas, y los factores extraeconómicos; e introdujo la dimensión temporal entre los economistas de los años '30.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se incrementó la preocupación por el desarrollo, que hizo aparecer toda una teoría al respecto, que asociaba economía e historia (**Myrdal**, *Asian drama*).

En antropología, **Karl Polanyi** (1883-1964), húngaro que fue profesor en Gran Bretaña y Estados Unidos, publicaría en 1957 un volumen colectivo llamado *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Afirma que las reglas del mercado sólo eran válidas para el capitalismo, y que en las sociedades anteriores la economía funcionaba con mecanismos de reciprocidad y redistribución.

**Polanyi** veía posible asociar planificación económica socialista y libertad individual, pero el clima de guerra fría no fue favorable a estos planteamientos. Uno de sus discípulos **Marshall Shalins**, reformuló sus ideas a términos aptos para la época y asequibles al gran público, y añadió elementos extraídos del análisis de economías campesinas de Chaiánov.

En los medios académicos norteamericanos dominaban visiones optimistas y simplistas del crecimiento económico, que otorgaban un papel fundamental a la tecnología y al progreso económico y técnico ilimitado que ésta aportaba. Se organizaron estudios de la revolución industrial británica, el primer ejemplo de incremento económico moderno, tratando de establecer los factores que habían hecho posible el desarrollo y no se habían dado en otros países.

**Walt W. Rostow** sintetizó en *Las etapas del crecimiento económico* estas visiones optimistas. Este libro, de visión esquemática para la industrialización británica, se convirtió para el presidente **Kennedy** en un programa de política económica para los países subdesarrollados. Según Rostow, comenzaba en el “take off” y pasaba por otras cuatro etapas más.

**Alexander Gerschenkron**, imbricará también teoría económica e historia, dentro del mismo contexto que Rostow, pero presentando la consecución del desarrollo de forma gradual. Gerschenkron influirá directamente en el nacimiento de la “new economic history”.

La primera exposición de los métodos de la “nueva historia económica” es de 1957, y estuvo a cargo de **Alfred H. Conrad** y **John R. Meyer**, que investigaron sobre la economía de la esclavitud en el sur de los EE.UU. Pronto aparecerá la obra de uno de los máximos teorizadores de esta escuela, **Robert W. Fogel**, llamada *Los ferrocarriles y el crecimiento económico norteamericano*, donde se comparan datos de la economía norteamericana sin ferrocarriles del siglo XIX y otros países, y el supuesto ahorro que éstos suponen.

**Fogel** asentó los principios metodológicos de la nueva escuela, haciendo énfasis en la relación entre medición y teoría, mediante matemáticas y econometría, trabajando con modelos explícitos hipotético-deductivos, que permiten hacer deducciones a partir de ellos.

Desde 1966 los trabajos de historia econométrica o “cliometría” proliferaron en EE.UU., donde el *Journal of Econometric History*, era la revista oficiosa de la

cliometría. Mientras, en Gran Bretaña, la *Economic History Review* seguía una línea menos formalizada, pero enfocada a los grandes problemas del crecimiento económico.

En estos años también aparecerá una “novísima historia económica”, ligada a la economía institucional, con **Douglas C. North** a la cabeza, con su libro *El nacimiento del mundo occidental*, de **North y Thomas**.

**North** considera que las creencias son esenciales en los sistemas político-económicos, pues las creencias dominantes conducen, a lo largo del tiempo, a la formación de la estructura de instituciones que determinan los resultados políticos y económicos.

Los cliómetros fueron siendo absorbidos por los departamentos de Economía, siendo criticados más tarde por los mismos economistas, como **Snook** o **Solow** en los años '80, y llegando a desaparecer de las instituciones universitarias en varios países.

La “new economic history”, tras más de veinticinco años de andadura, según **Fontana**, no ha podido trascender de elaboraciones cuantitativas sobre viejos datos, sin plantearse demasiados problemas sobre su significado real, ya que no valoran adecuadamente los cambios de las sociedades a lo largo del tiempo. Pero el mismo Fontana reconoce que han aportado un útil juego de herramientas y la conciencia de la necesidad de especificar presuposiciones. Para Fontana, la aportación de los cliómetros ha sido escasa y limitada a los mismos temas, como el ahorro social o la innovación tecnológica. Nuestro autor los tacha de faltos de creatividad, ya que se ciñen a los modelos de los economistas de finales del siglo XX, neoclásicos ortodoxos.

Los propósitos iniciales de Conrad y Meyer, o de Fogel, no se han cumplido, y los cliómetros se han convertido en prisioneros de estas abstracciones, según Fontana. El refinamiento de las herramientas econométricas los lleva, paradójicamente a una simplificación cada vez mayor, sin haber llegado a integrar un sistema global de trabajo.

La historia económica de Gran Bretaña siguió otros caminos durante los años '60, rechazando las simplificaciones de la cliometría contrafactual de los EE.UU. Tras el optimismo del modelo de **Rostow** y las matizaciones de **Gershenkon**, vino el escepticismo. Se comprobó que el crecimiento económico no se efectuó de la manera lineal que se había supuesto, cuando cayó el de la Gran Bretaña de la postguerra precipitadamente, comenzándose un proceso de desindustrialización. Se revisó el modelo tradicional de la revolución industrial británica, descubriéndose que los años de *take-off* de Gran Bretaña habían sido mucho más lentos de lo que se pensaba. El abandono de la ortodoxia fue evidente en 1984, cuando **Williamson**, en uno de sus artículos sostuvo la tesis de la lentitud del desarrollo británico durante la revolución industrial, la baja formación de capital en términos de ingreso nacional, y la gruesa deuda pública que se dio, que fue motivo de la financiación de la guerra con Francia.

Diez años más tarde, **Graeme Donald Snook** publicó *¿Fue necesaria la revolución industrial?*, donde sostenía que la revolución era un mito, dando la función de la industrialización a un crecimiento a largo plazo, producido ya desde el año 1000, cuando comienzan las mejoras en la agricultura y el transporte, que crearon mercados para el capital y el trabajo, se ampliaron las mercancías y se redujeron los costes de transacción.

Otros investigadores británicos cambiarán el acento, de la maquinización a las fuentes de energía, como **Rondo Cameron** y **Wrigley**. Éstos afirman la organicidad de las economías anteriores a la industrialización, dependientes de la tierra, siendo en estos tiempos la energía para el trabajo, esencialmente, animal y humana.

Los límites de esta etapa orgánica eran la disponibilidad de tierras de cultivo y el lento aumento del rendimiento por personal. El salto hacia delante se dio gracias a la expansión de la producción de productos orgánicos, alimentos y materias primas; a la producción de productos minerales, como la cerámica, el ladrillo, los vidrios, el hierro y el acero. Un segundo factor fue la sustitución de la fuerza animal (y humana) por la energía obtenida del carbón mineral a través de la máquina de vapor.

Otras revisiones de aquellos años como la de **Cain y Hopkins**, restaron protagonismo a los industriales para dárselo a los terratenientes y a los hombres nuevos del sector servicios, dedicados a las finanzas, distribución y actividades profesionales. La aristocracia terrateniente, que se beneficiaba directamente del viejo colonialismo, tuvo grandes influencia política, fortuna, y posición dominante respecto a las finanzas. Es el sector de los servicios el que se asocia a estos terratenientes a partir de mediados del siglo XIX. Es la llamada *City* de Londres, volcada en el librecambio del nuevo imperialismo económico de las grandes exportaciones que trabaja dentro del patrón oro, y llegará a imponerse a los industriales del norte.

Algunos economistas observaron este fenómeno y abogaron por salvar la industria sacrificando el librecambio, como **Thorold Rogers**, que perdió su cátedra en Oxford por criticar la política económica seguida por el estado.

Otras revisiones han buscado los mecanismos explicativos del crecimiento en las transformaciones del mercado interior, atribuyéndolo a la llamada revolución previa del consumo, y en los fenómenos como la revolución de los transportes, con fabricación de carreteras y canales en Inglaterra, desde el siglo XVIII. En 1983, **McKendrick** fue uno de estos revisionistas. Desde que este autor expuso sus primeras tesis, ha habido un auténtico florecimiento de estos estudios sobre consumo, muy reveladores sobre las formas de vida del conjunto de la sociedad.

Otra variante será el estudio de los niveles de vida, que ha experimentado grandes cambios en los métodos, desde **Brown y Hopkins**, hasta **Van-Zanden**, que concluirá que desde principios del XVI, hasta finales del XVIII, hubo una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida, por lo que amplios sectores de la población en Europa no obtuvieron progreso económico o mejoras.

Otra visión innovadora sobre la industrialización es la de **Franklin Mendels**, con su concepto de “putting out”, y el estudio de la protoindustrialización de base rural, en la que los trabajadores combinaban el hilado o el tejido con el cultivo de la tierra, vendiendo sus productos a compradores que los exportarían a un mercado lejano. Esta protoindustrialización se habría dado en lugares de demografía elevada y pobreza, de explotaciones minifundistas campesinas incapaces de mantener a una familia.

**De Vries** atará un cabo más en 1994 con su concepto de “industrious revolution”, que habría hecho que las familias, deseosas de acceder a los nuevos productos de consumo, intensificaran el trabajo para producir extras disponibles para ese consumo.

Los estudiosos de esta línea de investigación entendían la industrialización en un conjunto de actividades complementarias, no separadas, cuyo elemento unificador era el comercio y la ciudad, que organizaba la producción. Los hombres de negocios, favorecidos por los grandes beneficios, además de continuar sus labores comerciales exteriores, comenzaron a invertir en la producción, a través de las fábricas.

**Sidney Pollar** (1925-1998), judío exiliado de Viena, con puntos de vista cercanos al marxismo, propuso una visión regional del proceso de la industrialización, de incremento de la demanda por zonas, con la consecuente desestabilización de otras zonas vecinas, pudiendo llegar incluso a desindustrializarlas, ya que la industrialización de un país no es global, sino polarizada y regionalizada. A esta corriente se suman **Maxine Berg** y **Pat Hudson**.

Otros estudiosos como **Hans-Joachim Voth**, han demostrado que la revolución industrial implicó un aumento considerable de la carga de trabajo de los obreros británicos, aumentando el número de horas de trabajo, que restaban de su descanso y de los días de fiesta.

Un economista radical norteamericano, **Stephen Marglin**, revisó la función de las fábricas en todo este proceso, concluyendo que las fábricas habían asegurado a los patrones el control sobre la fuerza de trabajo y sobre los excedentes ahora mayores, siendo las fábricas anteriores a las máquinas. Las fábricas, una vez asociadas a ellas las máquinas y el capital, pasan a asegurarse la superioridad sobre la pequeña producción, siendo, pues, un instrumento de control social.

**Sabel** y **Zeitlin** mostraron entre 1985 y 1997, que había diversas vías de progreso industrial que no pasaban necesariamente por la fábrica, defendiendo que la etapa final del antiguo régimen es una fase de modernidad. Para ellos, tras la Primera Guerra Mundial vendrá la batalla de los sistemas de producción estandarizada o de producción especializada (seda, cuchillos, relojes...) La última etapa sería el triunfo de la producción en masa, estancamiento y nueva batalla de sistemas.

**Lars Magnusson** añadirá a estas teorías su estudio de cómo opera la fábrica en el tiempo histórico, basándose en empresas concretas.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 2:

Aguirre Rojas, Carlos Antonio  
 Andreano, R. L., ed  
 Baccini, Alberto, y Renato Giannetti  
 Beard, Charles A  
 Bender, Thomas, y Carl E. Schorske, eds.  
 Berg, Maxine  
 Biard, Agnès, Dominique Bourel y Eric Brian, eds.  
 Bloch, Marc  
 Braudel, Fernand  
 Burke, Peter  
 Casanova, Julián  
 Cedronio, M, F. Díaz y C. Russo  
 Conrad, A. H., y J. R. Meyer  
 Daix, Pierre  
 Dosse, François  
 Dumoulin, Olivier  
 Febvre, Lucien  
 Fink, Carol  
 Floud, R., Kenneth Wachter y Annabel Gegory  
 Fogel, Robert W.

Gerschenkron, Alexander  
 Hofstadter, Richard  
 Jaurés, Jean  
 Kenyon, John  
 Kriedte, P., H. Medick y J. Schlumbohm  
 Labrousse, Ernest  
 Mann, Hans Dieter  
 Mastrogregori, Massimo  
 McKendrick, Neil, John Brewer y J. H. Plum  
 North, Douglas C., y Robert P. Thomas  
 North, D. C.  
 Novick, Peter  
 Ogilvie, S. C., y Markus Cerman, eds.  
 Parker, William N., ed.  
 Polanyi, Karl  
 Polanyi, Karl, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson, eds.  
 Revel, Jacques, y Nathan Wachtel, eds.  
 Revel, Jacques, ed.  
 Romano Ruggiero  
 Rostow, W. W.  
 Sabel C. F., y J. Zeitling  
 Seligman, E. R. A.  
 Simiand, François  
 Tawney, R. H.  
 Torras, J. y B. Yun, eds.  
 Voth, Hans-Joachim

### 3. Los marxismos

El marxismo, creado a finales del siglo XIX y principios el XX, es la transformación de un método de investigación en un corpus de doctrina, que se irá simplificando y dogmatizándose cada vez más, sobre todo desde la revolución bolchevique de 1917. **Bukharin** (1888-1937) publicará *La teoría del materialismo histórico: Manual popular de sociología marxista*, criticado por sus reducciones de conceptos.

Entre los historiadores rusos, después de la crisis de 1927-1929, surgirá el marxismo-leninismo, usado como legitimación de partido, aún cuando adoptase líneas políticas ambiguas. Destacó entre los bolcheviques el historiador **Mikhail Pokrovski** (1868-1932), con su *Historia de Rusia*, donde sostenía tesis similares a las de **Lenin** en su *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, donde se presentaba la evolución de Rusia similar a la del resto de países europeos, que había llegado al capitalismo como consecuencia natural del proceso. Estas tesis sirvieron de apoyo al partido hasta la caída de **Trotsky**. Después su obra fue condenada por **Stalin** en 1936, que acusaría al escritor de pequeño burgués, aunque el escritor ya había fallecido.

**Stalin** había decidido desde 1931, que el trabajo de los historiadores se había de acomodar en todo momento a las directrices del partido y renuncia a seguir estudiando o reelaborando temas ya elevados a la categoría de axiomas. Stalin y el partido tienen problemas con el modo de producción asiático, cuando se plantea la actuación revolucionaria con respecto a China en los años '30. Así, los historiadores rusos eliminaron este elemento que había sido incluido por **Marx** en sus escritos, y el socialismo pasa a tener un esquema único en cinco etapas: comunidad primitiva, esclavismo, régimen feudal, régimen capitalista y régimen socialista. El materialismo histórico había acabado convirtiéndose en lo que Marx combatía: una filosofía de la historia.

A mediados de los años '30, habiendo ya **Stalin** consolidado su poder, surge en Rusia un escolasticismo que producía catecismos según el curso del momento, pudiendo variar su contenido histórico para adaptarse a la línea política que funcionase en cada momento.

En Polonia, muchos historiadores se adaptaron a la situación, como **Witold Kula** (1916-1988), que publicó *Problemas y métodos de la historia económica*. En Rumanía se establecieron listas de libros prohibidos, segregando totalmente la “historiografía burguesa”. Después con **Ceaucescu**, se fabricarán mitos exaltando la civilización rumana y la tracia.

Pese a este academicismo oportunista, tras los momentos agudos del régimen de Stalin, se dio una investigación histórica de calidad, con arqueólogos y antiquistas como el orientalista **Igor M. Diakonoff** (nacido en 1915), o el estudioso de Asia central, **Lev N. Gumilev**.

Este afán de renovación se dio para la historia moderna en diversos puntos. En la U.R.S.S. destacan **Boris Pórshnev** y **Alexandra Lublinskaya**; en Checoslovaquia, **Frantisek Graus**; en Leipzig, **Walter Markov** y **Manfred Kossok**; y en Cuba, **Manuel Moreno Fragnals**. En Europa occidental, **Althusser** representó un exponente. A partir de ahora surgirán toda suerte de modos de producción especializados, como el doméstico, el tributario, el parcelario, etc...

Otros, en lugar de las interpretaciones establecidas y cerradas del marxismo, quisieron seguir una línea “marciana”, no marxista. Esto se produjo tanto en los países de Occidente como en la Rusia soviética y los países de gobierno comunista después de la Segunda Guerra Mundial, dando lugar a una etapa de heterodoxia. Algunos ejemplos de esta heterodoxia son el Instituto de Investigación social de Frankfurt, fundado en 1923 y dirigido por el filósofo **Max Horkheimer** (1895-1973).

Otros personajes importantes de esta escuela son **Theodor W. Adorno**, **Eric Fromm**, **Herbert Marcuse**, **Walter Benjamin** y **Siegfried Kracauer**. La llegada del nazismo al poder obligó a los miembros de la escuela de Frankfurt a proseguir su obra en EE.UU., convirtiéndose esta obra en una mezcla ecléctica entre marxismo, psicoanálisis y sociología.

Los intentos más importantes de renovación durante el período de Entreguerras serán las obras de cuatro grandes teóricos marxianos: **Lukács**, *Historia y conciencia de clase*; **Karl Korsch**, *Marxismo y filosofía*; **Antonio Gramsci** y **Walter Benjamin**. Este grupo pretendió en los años '20, enfrentarse al problema de la necesidad social y a la interpretación mecanicista herencia de la Segunda Internacional, aunque no lograron resolverlo.

**Geyörgy Lukács** (1885-1971) diferenciará entre marxismo vulgar y marxismo auténtico, aunque vivió el drama del medio político del férreo estalinismo, que le obligaba a la ambigüedad. Escribió también *La destrucción de la Razón*, 1954, panfleto estalinista; y *Ontología del ser social*, sobre las relaciones entre libertad y necesidad.

**Korsch** (1886-1961) fue comunista radical, contrario a la visión evolucionista del marxismo, desligada de las luchas sociales reales. Piensa que las tesis de **Marx** sólo

tienen validez para el ascenso y desarrollo del capitalismo en la Europa occidental, sin validez general.

**Gramsci** (1891-1937) fue dirigente del partido comunista italiano, y fue encarcelado en 1925 hasta su muerte, acelerada por este hecho. En la prisión escribió *Cuadernos de la prisión*, publicados póstumamente, de 1948 a 1951. Gramsci deducía los principios elementales de **Marx**, no de sus obras generales, sino de las que analizaban situaciones concretas, como *El 18 Brumario*, donde Marx matiza sus teorías, destacando la toma de conciencia ideológica de los conflictos que se manifiestan en la estructura económica. Para Gramsci, la estructura y la superestructura forman un bloque histórico, esto es, un conjunto complejo, contradictorio y discordante, reflejo de las relaciones sociales de producción. Rechazaba la reducción del materialismo histórico a una sociología abstracta que interpretase la realidad. **Gramsci** innova, por ejemplo, en sus reflexiones sobre la hegemonía, mediante la cuál una clase puede ejercer la dominación sobre las otras, estableciendo su superioridad mediante la coerción o el consenso, transformando su ideología de grupo en un conjunto de verdades que han de ser válidas para todos, y que las clases subalternas aceptan, hasta que la hegemonía se agrieta y los subalternos se enfrentan a los grupos que dominan el aparato del estado, para comenzar de nuevo.

Gramsci fue decisivo para la aparición y desarrollo en Italia, después de la Segunda Guerra Mundial, de unas corrientes de historiografía marxista no dogmáticas. En fin, según **Fontana**, se salvaron del dogmatismo y la fosilización aquellos historiadores que pudieron hacer su obra al margen de los condicionamientos de la socialdemocracia y de la Tercera Internacional.

En el caso de Francia existía previamente una tradición de raíces marxianas, que coincide con los momentos más brillantes de *Annales*, con **Jaurès** y **Labrousse**. **Pierre Vilar** (nacido en 1906), fue discípulo de **Febvre** y director del Instituto de Historia Económica y Social, fundado por **Bloch**.

**Vilar** trabajó dentro de la tradición marxista, pero al margen de la disciplina del partido comunista, preocupado por la historia total o visión global, con base tanto en el crecimiento económico, como en el análisis histórico. Confluyen en su obra los hechos de masas (demografía, economía, pensamientos y creencias colectivos...), hechos institucionales (derecho civil, constituciones políticas, relaciones internacionales...) y acontecimientos históricos puntuales, en los que intervienen los individuos y el azar. Como vemos, es un esquema tripartito, como el de Braudel, pero no organizado en función del tiempo, sino de la articulación social. Vilar aplicó este método en su gran obra Cataluña en la España moderna, que cambió la visión de la Cataluña moderna y contemporánea, aunque influyó menos en Francia, dominada por los excesos del estructuralismo marxista, y más tarde por la “nouvelle histoire”.

En Gran Bretaña, el núcleo central de los historiadores marxistas británicos surge después de la Segunda Guerra Mundial, en torno a los historiadores del partido comunista británico, fundado en 1946. Son hombres como **Rodney Hilton**, **Christopher Hill**, **Eric J. Hobsbawum**, **Geroge Rudé** o **E. P. Thompson**, entre los que habría que añadir al economista **Maurice Dobb** o el arqueólogo **Gordon Childe**.



Estos hombres colaboraron en publicaciones de alto nivel intelectual, alejado del marxismo ortodoxo, como las revistas *Marxism today* o *Past and Present* (que comenzó en 1952). Entre estos historiadores cundía una preocupación dominante por la cultura, y adoptaron posiciones progresistas, tratando de acercarse, desde sus publicaciones, a un público más amplio, ya que fueron vetados de las universidades. Ninguno llegó a catedrático, siguiendo vetados aún a partir de 1956, cuando muchos de ellos abandonaron el partido comunista.

**Vere Gordon Childe** (1892-1957), revolucionó una arqueología que había sido reducida al positivismo, aportando conceptos interpretativos y métodos de explicación. Presentó los rasgos comunes de la revolución neolítica, que trajo aglomeraciones urbanas, diferenciación entre productores primarios y artesanos, comerciantes, funcionarios, sacerdotes y gobernantes. Habló sobre la concentración del poder económico y político y el uso de símbolos, como la escritura, para registrar y transmitir la información; así como de la introducción de patrones como tiempo y espacio. Sus libros principales fueron *Los orígenes de la civilización* (1936) y *¿Qué ha sucedido en la historia?* (1942), que iniciaron un nuevo camino de evolución teórica en arqueología.

Los historiadores marxistas británicos se plantearon grandes debates, como la transición del feudalismo al capitalismo, que **Maurice Dobb** (1900-1975) plasmó en sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946), basado en el análisis de las relaciones de producción. En 1954, **Hobsbawm** planteó un nuevo debate: la crisis general del siglo XVII. La discusión se renovaría con **Robert Brenner**, que en 1976 propuso nuevas vías de interpretación de la estructura agrícola de clases, frente al neomalthusianismo dominante. La crisis política de 1956, con la intervención de la URSS en Hungría, dispersó a muchos antiguos comunistas, surgiendo la “nueva izquierda”, que defendía un humanismo socialista y movilizaba contra las armas nucleares. Es ahora cuando predominará la cultura como objeto de estudio.

**Eric J. Hobsbawm** es judío, nació en 1917 en Alejandría y fue educado en Viena y Berlín, hasta que el régimen nazi fuerza a su familia a establecerse en Inglaterra, donde escribiría sus grandes estudios de historia social: *Rebeldes primitivos* (1959), *Bandidos* (1956), *Trabajadores* (1964), *El mundo del trabajo* (1984), *La era de la revolución* (1962) e *Historia del siglo XX (The age of extremes)*, (1994).

Surgen líneas de investigación que estudian la vida y el trabajo de los obreros. Se publican varias obras colectivas como *Historia popular y teoría socialista* (1981), *Patriotismo: el hacerse y deshacerse de la identidad nacional británica* (1989); y la revista populista socialista *History Workshop*, inspirada por **Raphael Samuel** (1938-1996).

En EE.UU. surgirá en los años '70, una corriente de historia fuertemente influida por estos marxistas británicos como **Hobsbawm** y **Thompson**, expresada en la revista *Radical History Review*.

**Edward Thompson** (1924-1993) se haría famoso por su libro *The making of the English working class*, innovador en su planteamiento de la noción de clase y la formación de la conciencia colectiva. Otro de sus libros *Poverty of theory* (1978) lo puso en el punto de mira del recelo académico, aunque Thompson optó por no hacer carrera y así, no institucionalizarse, permaneciendo aparte incluso de los marxistas

británicos. El mismo **Hobsbawm** dijo de él que fue un genio, pero fue olvidado en años posteriores, en que la escritura de la historia dio un gran giro a la derecha con el thatcherismo.

**Thompson** retornó con dos grandes obras a principios de los '90, poco antes de su muerte: *Customs in common* (1991) y *Witness against the Beast. William Blake and the moral law* (1993); que volvieron a inquietar al mundo académico.

Enfrentado políticamente a Thompson tenemos a **Perry Anderson** (nacido en 1938), aplaudido escritor de la *New Left Review*, entre 1962 y los primeros años '80; y director de la misma en una nueva etapa iniciada en el año 2000. Publicó en 1974 las dos primeras partes de un gran tratado de sociología histórica comparada que no llegó a concluir: *Passages from antiquity to feudalism* y *Lineages of the absolutist state*. Estas obras, más cercanas a Weber que a Marx, suscitaron fuertes discusiones en el momento, aunque después no llegaron a influir profundamente entre los historiadores. Estos historiadores, silenciados por el medio académico de su tiempo, están hoy día plenamente vigentes.

Desde el campo del marxismo creativo, el mensaje renovador con más trascendencia de cara al futuro lo portará **Walter Benjamin** (1892-1940), que postuló nuevas tesis sobre la concepción de la historia. Benjamin era un judío exiliado de Alemania al llegar los nazis al poder. Durante la Segunda Guerra Mundial residió en Francia, de donde tuvo que huir en 1940 hacia España, pero se le negó la entrada sin visado, y el escritor falleció en circunstancias oscuras en la frontera (se supone que se suicidó), junto con un manuscrito que portaba, según él de gran importancia. Sus tesis sobre la historia que se habían salvado, se publicaron en 1942, pero resultaron incomprensibles en general, hasta más de sesenta años después de haber sido escritas, y el mismo **Fontana** las considera un “programa para el futuro”.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 3:

Ado, Anatoli  
 Anderson, Perry  
 Aston, Trevor, ed.  
 Aston, T. H., y C. H. E. Philpin, eds.  
 Baber, John  
 Bartra, Roger, ed.  
 Brodersen, Momme  
 Cecchi, Ottavio, ed.  
 Centre d'Études et Recherches Marxistes  
 Cohen, Stephen F.  
 Diakonoff, Im M.  
 Dunn, Stephen P.  
 Dworkin, Dennis  
 Fernández Buey, F.  
 Feuerwerker, Albert, ed.  
 Galcerán Huguet, Montserrat  
 Gramsci, Antonio  
 Harris, David R., ed.  
 Hill Christopher  
 Hilton, Rodney  
 Hobsbawm, Eric J.  
 Horkheimer, Mas, y Theodor W. Adorno  
 Iggers, G. G., Y H. T. Parker, eds.  
 Jay, Maritn  
 Kadarkay, Arpad  
 Kaye, Harvey J.  
 Kaye, Harvey J., y K. MxClelland, eds.  
 Kierman, V. G.  
 Klejn, Leo S.

Korsch, Karl  
 Kossok, Manfred, et al.  
 Kracauer, Siegfried  
 Kula, Witold  
 Lepre, Aurelio  
 Lowy, A. G.  
 Lukács, G.  
 McNair, Barbara  
 Mészáros, István, ed.  
 O'Leary, Brendan  
 Rudé, G.  
 Samuel, Rahael, ed.  
 Simpson, Christopher, ed.  
 Ste. Croix, G. E. M.  
 Thompson, E. P.  
 Topolski, J.  
 Traverso, Enzo  
 Trigger, Bruce C.  
 Vilar, Pierre  
 Wiggershaus, Rolf

## 4. Las guerras de la historia

Se ha planteado el problema del control de la historia de las clases dominantes. **Harvey Kaye** lo hace en un libro titulado *¿Por qué temen la historia las clases dominantes?* Pero **Fontana** piensa que no es el temor el término justo, ya que los gobiernos y las élites en el poder suelen apropiarse de ella, o más bien, de sus contenidos; mediante mecenazgos, academias e instituciones, y la enseñanza.

Las distintas opciones políticas han versionado la historia de diferente manera, produciéndose auténticas “guerras de la historia”. Por ejemplo, en el siglo XIX a la hora de interpretar la Revolución francesa; en los años '30 entre liberalismo, comunismo y fascismo; y durante la guerra fría.

Los años '30 fue una época de quema de libros en general, de exilio en la Alemania nazi, o de condena en la Rusia estalinista. La España de la Segunda República volcó sus esfuerzos en la enseñanza. Este fue objetivo principal para el levantamiento de 1936. Se depuró a los maestros y se implantó una contrarreforma en la escuela y la universidad, que imponía una visión conservadora, patriótica y de la historia nacional. Se creó un ambiente religioso y paramilitar en los colegios. La Institución Libre de Enseñanza fue condenada, e historiadores como **Bosch Gimpera** o **Altamira** se exiliaron para siempre.

La investigación histórica fue estrechamente vigilada por el CSIC. La vigilancia iba desde la historia contemporánea, por los peligros que entrañaba, hasta la medieval o la prehistoria. Visiones oficiales como la de **Martín Almagro**, desprecian a los íberos mediterráneos y exalta a los celtas “arios”, eliminando menciones al mestizaje.

A partir de 1943, ante el cambio de rumbo de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno pretendió alejarse del fascismo, volviendo a poner el acento a pervivencias íberas, que a partir de ahora serán la explicación a prácticas del régimen de Franco, como el saludo con el brazo en alto. **Franco** pretendía sacar a España de la decadencia que sufría desde Felipe II, que se había hecho más aguda con el liberalismo. Para ello, España debía poseer de nuevo un Imperio.

Las formas cambiaron formalmente con la desaparición del franquismo a partir de 1975. Poco después el P.S.O.E. difundía los valores del patriotismo celebrando diversas conmemoraciones, como el “Quinto Centenario”. El P.P., al llegar al poder, pretendió recuperar los mensajes del nacionalismo más tradicional, amenazando con censurar los libros de texto “autonómicos”.

En el resto del mundo occidental, las guerras de la historia se agravaron notablemente en la guerra fría.

En EE.UU., el conflicto por la enseñanza de la historia se había manifestado de forma aguda, pero la crisis que sobrevino en esta materia al estallar la Segunda Guerra Mundial, fue tremenda. Se promovieron alternativas al marxismo en Occidente, y las visiones se fosilizaron en dogmatismos. Los historiadores progresistas como **Beard** y **Becker** fueron atacados de manera furibunda, e historiadores académicos de prestigio trabajaron para el gobierno, como **Schlesinger**, **Kennan** o **Rostow**. Éstos pasaron por la O.S.S., la C.I.A., el Departamento de Estado o instituciones controladas por éstos. El Departamento de Defensa, la C.I.A. y algunas fundaciones conservadoras, mantuvieron una ofensiva ideológica, financiando las ciencias sociales. En el CENIS de Massachusetts Institute of Technology, trabajaron los profesores **Clifford Geertz** y **Walt Rostow**, junto a **Lucien Pye**, terrorista profesional, inspirador de la masacre que implicó la eliminación del régimen neutralista de Sukarno en Indonesia. Liberales supuestamente independientes como **Isaiah Berlín**, que animó a los políticos a proseguir la guerra de Vietnam, recibieron dinero como contrapartida de fundaciones como la Ford, para sus colegios.

El doble papel de los historiadores norteamericanos debía ser ahora: exaltar los valores establecidos y abrir a la sociedad al nuevo papel de protagonista en la escena mundial que había asumido su país. En EE.UU., país tradicionalmente aislacionista, se inventó la “revolución atlántica”. **Kennan** realizó estudios sobre Asia o Rusia que justificarán las grandes líneas de la política norteamericana hacia la U.R.S.S.

En EE.UU. proliferan los soviétólogos y los kremlinólogos después del lanzamiento del primer satélite soviético. Instituciones oficiales, como el Centro de Investigación Rusa de la Universidad de Harvard, destinaron mucho dinero a estos estudios rusos. En este centro de investigación, se mantenía a sus miembros controlados por el FBI, y eran obligados a publicar en la revista *Problemas del comunismo*. **Richard Pipes**, uno de estos investigadores fue uno de los inspiradores de la guerra fría de **Reagan**, y al hundirse la Unión Soviética, cambiará sus temores al comunismo por otros hacia la sociedad del bienestar, que podría minar igualmente los fundamentos de la sagrada propiedad.

En EE.UU. durante la guerra fría tuvo gran importancia la sociología histórica, que dedicó la mayor parte de sus investigaciones a estudios sobre el conflicto social, a fin de obtener información sobre cómo contener la revuelta y la revolución. Algunos autores de esta corriente fueron **Barrington Moore jr.**, **Charles Tilly** o **Theda Skocpol**.

La represión también estuvo en el terreno de los libros censurándose los subversivos, denunciados por sociedades como las Daughters of American Revolution. En la enseñanza superior se produjo una depuración con centenares de despidos, y

muchas veces, los denunciantes eran colegas de profesión. Por ejemplo, **Daniel Boorstin** fue uno de los que prosperó en base a sus denuncias. **Moses Finley**, por el contrario, fue despedido por no querer dar nombres, y **Kantorowicz**, judío alemán pronazi, emigrado a EE.UU., sostuvo paradójicamente, su oposición a la depuración académica.

Este clima contribuyó a que se elaborase una visión de EE.UU. como un pasado de consenso, en el mito de una conquista del oeste dulcificada, sin mencionar las razas, la esclavitud, los pueblos marginados, ni las mujeres. Desde 1949, desde la American Historical Association, se aboga por la ortodoxia y por extender sus fórmulas sociales a los países subdesarrollados.

En Europa, la C.I.A. dirigirá bajo mano el Congreso para la Libertad de la Cultura (CCF), dotado de abundantes recursos procedentes del Plan Marshall. Algunos de los patrones de este congreso serán **Croce**, **Jaspers**, **Maritain**, etc... Se publicaron revistas como *Preuves*, en Francia, como antídoto a *Les tempes modernes* de Sartre. Otras se publicaron en Gran Bretaña, como *Encounter*, *Cuadernos* o *Tempo presente*; otras en Australia, India y Japón.

En pintura se abandona el realismo, más adecuado para las masas, y se abraza el expresionismo abstracto, sólo comprensible para las minorías intelectuales. **Nelson Rockefeller**, presidente del MOMA de Nueva York, defendía el expresionismo abstracto como el arte de la libre empresa, porque había sido criticado y censurado en la U.R.S.S. Rockefeller fue el mecenas de pintores americanos como **Jackson Pollock**, que fue promocionado en todo el mundo con los fondos de la C.I.A., y publicado en revistas como *Time Life* o *Life*. Algunos de estos artistas pagados por la burguesía se desequilibraron y se suicidaron o murieron alcoholizados.

En los departamentos universitarios de lengua y literatura inglesa, se abandonó el estudio de todo contexto social y la “nueva crítica” se basó únicamente en los textos. Los profesores se refugiaron en un estudio elitista, separado de las preocupaciones del mundo real.

En el campo de las ciencias sociales, se dejaron de lado la estructura de clases y la distribución de la riqueza, según recomendaba la National Science Foundation. Con la crisis de los años '60 aparecerá la “nueva izquierda”, y en los años '90 el debate se renovó por el intento de **Bush** de lanzar nuevos planes educativos de objetivos nacionales, que fueron denunciados por el *Wall Street Journal*, por lo que el gobierno de **Clinton** hubo de revisar el trabajo, con el disgusto de la derecha.

En general, el estudio de la historia reciente es considerado peligroso por los gobiernos. La Casa Blanca por ejemplo, establece desde 1978, doce años desde la salida de un presidente hasta que se puedan consultar sus documentos, previamente depurados. A pesar de las precauciones, en 2001, se publicaron en Internet por la National Security Archive, documentos que implicaban al presidente **Ford** y a **Kissinger** en la invasión de Timor Oriental por los indonesios, hecho siempre negado por Kissinger.

A pesar de concluir los plazos establecidas para la publicación de documentos, muchos de ellos son bloqueados, como en el caso de la documentación de **Ronald Reagan**, bloqueada por **G. W. Bush** también en 2001, lo que ha provocado largas

batallas legales. Mientras, para los historiadores, es sesgada su capacidad de hacer una crítica informada.

En Gran Bretaña en la guerra fría, el IRD (Information Research Department del Foring Office), se dedicaba a una tarea de propaganda anticomunista en la que colaboró **George Orwell**, adelantando nombres de criptocomunistas. También historiadores caerán bajo la influencia del IRD, como **Robert Conquest** o **Maurice Cranston**; e instituciones como el London School of Economics y el St. Anthony's College de Oxford. El combate por la historia se extenderá a la escuela, cuando **Margaret Thatcher** trata de modelar una nueva vía, alejada del multiculturalismo y de la historia social. Para ello organizó el History Working Group, destinado a elaborar una historia conservadora, que pusiera el énfasis en los hechos políticos, entre los que para Thatcher, el más importante del siglo XX fue la guerra de las Malvinas.

Los debates en torno a la naturaleza de la Revolución francesa cobraron nueva virulencia alrededor de 1989, cuando el segundo centenario de la revolución vino a coincidir con el hundimiento del régimen soviético. Los renegados ex comunistas europeos, participaron en presentar la Revolución francesa como el origen de todas las aberraciones políticas del siglo XX, en especial de la revolución soviética y el triunfo del bolchevismo. **Alfred Cobban** (1901-1968), había denunciado en 1964 el mito de la Revolución francesa, y le negaba trascendencia en su libro *The social interpretation of the French revolution* (1964).

Algunos ex comunistas franceses como **Fraçois Furet** (1927-1997), comenzó un rápido ascenso al poder académico y mediático, después de abjurar del partido comunista, obteniendo incluso una plaza en la Universidad de Chicago. Furet, en colaboración con **Mona Ozouf**, editará un manipulado *Dictionnaire Critique de la Revolution française* (1988), donde ni siquiera se menciona al especialista **Albert Soboul**, el mayor especialista en este tema.

En el mundo académico anglosajón, aparte del *Citizens* de **Simon Schama**, el ataque a la interpretación social de la revolución vino de estudios culturales y del discurso, como las aportaciones de **Lynn Hunt** y **Keith Baker**. La historia universitaria buceaba en la complejidad de la sociedad campesina, por los caminos abiertos por **Pierre de Saint Jacob**, **Hoffman**, **Moriceau**, **Kaplan**, **Markoff**, **Anatoli Ado**, **McPhee**... que trataron el mundo campesino desde la crisis del siglo XVIII y su continuación en el XIX.

En cuanto al mito de la supuesta burguesía revolucionaria, construido entre otros por **Guizot**, sería denunciado por **Walter Benjamin**, que expuso en contra, que la burguesía comenzó a luchar contra los derechos sociales desde el mismo 1789, ocultándose en el movimiento filantrópico. Los cambios sociales, en especial desde la Restauración, convirtieron a los burgueses en la fuerza social dominante, convirtiéndose en la ciudadanía censitaria. El campesinado, en cambio, hubo de ganar la lucha por las libertades mediante levantamientos rurales incontrolables y pactos con la burguesía.

Pasado el combate político del bicentenario, que vino a coincidir con el fin de la guerra fría, el revisionismo no supo construir una nueva interpretación, volviendo a investigar los cambios sociales en el largo plazo. En Alemania se produjo otra guerra de la historia, después de la división que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando bajo el peso de los crímenes del nazismo, los alemanes necesitaron

redefinir su identidad histórica y buscar explicación al exterminio judío. En la República Democrática Alemana se aplicó el dogmatismo estalinista. Líderes alemanes exiliados en la URSS difundieron la explicación histórica que había dado la Tercera Internacional, presentando el nazismo como una forma de capitalismo monopolista de estado. Esta interpretación formó la escuela de Stamokap, a la que **Walter Ulbricht** aportó *La leyenda del socialismo alemán*, que ahora se conoce como *El imperialismo alemán fascista*. Para esta escuela, Hitler sería un títere del gran capitalismo alemán, compuesto por los fabricantes de armas y los dirigentes de bancos alemanes, verdaderos culpables de los crímenes. La visión global desplazaba el tema de los judíos a un puesto secundario.

En la República Democrática Alemana tuvo lugar un proceso de desnazificación más profundo que en la Alemania Federal, efectuándose la reforma agraria, expropiaciones de industrias y empresas financieras, y la depuración de cargos en la administración pública.

En la República Federal de Alemania no se acusó al capitalismo, por lo que las sanciones a la industria fueron leves, lo que hizo posible la pronta recuperación de ésta. De los ocho millones de alemanes afiliados en 1945 al partido nazi, sólo fueron castigados unos pocos líderes escogidos para dar ejemplo, y se rehabilitó e integró al resto. Los historiadores se afanaron en desculpabilizar al pueblo alemán, cargando los crímenes a **Hitler** y a unos cuantos líderes fanáticos que habían engañado y manipulado a las masas. Suavizaron el holocausto y mitificaron las débiles resistencias al nazismo, como el complot contra Hitler de 1944.

En los años '60, la situación académica cambió, influida por presiones de movimientos estudiantiles. Comienzan su andadura historiadores de la escuela de Bielefeld, como **Hans-Ulrich Wehler** (nacido en 1931) y **Jürgen Kocka** (nacido en 1941), que desarrollaron la teoría del Sonderweg o camino alemán hacia la modernidad. Por primera vez, la cuestión del holocausto se planteó abiertamente, aunque surgen dimensiones entre dos visiones distintas, dependientes de la existencia o no de un plan previo de exterminio de los judíos antes de la ascensión de Hitler.

Una nueva gran disputa entre historiadores llamada Historikerstreit, abre entre 1986-1987, con **Ernest Nolte** a la cabeza, excéntrico de derechas e historiador no profesional, que había conseguido éxito internacional con *Las tres caras del fascismo* y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, que forma parte de una trilogía llamada El marxismo y la revolución liberal.

Uno de los artículos de **Nolte**, El pasado que no quiere pasar, publicado en 1986, resultó muy polémico por su tratamiento de la exculpación de los alemanes por la “solución final”. Las tesis de Nolte tuvieron apoyo de algunos historiadores académicos como **Hildebrand** y **Joachim Fest**, biógrafo de Hitler, pero no fueron recibidas bien ni en Alemania ni en el extranjero.

**Jürgen Habermas** replicaría con un artículo publicado en *Die Zeit* en 1986, que acusaba a la pretensión de una vuelta al patriotismo. Para Fontana, este debate anacrónico revela la esquizofrenia del país, incapaz de asumir el pasado, ya que las últimas investigaciones descubren el exterminio asociado a la invasión en la Unión Soviética, llevada a cabo por los alemanes, que poniendo como excusa la guerra

preventiva contra el bolchevismo judío, un fantasma hitleriano, actuaron con una conducta atípica en las guerras normales. La guerra que condujeron los alemanes estaba enfocada a la aniquilación total y sistemática, al hambre y a las ejecuciones de millones de seres humanos.

La *Historikerstreit* se renovará en 1996, con la aparición del libro de **Daniel Goldhagen**, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, que culpabiliza al conjunto del pueblo alemán, profundamente antisemita, presentado como prueba un estudio sobre la Orpo, o batallón 101 de la policía de reserva. Goldhagen fue aplaudido en sus conferencias por el valor de hablar abiertamente y en lenguaje llano, por primera vez, sobre el tema de la participación masiva de los alemanes en los crímenes del nazismo.

Concluido este debate, se abrió de nuevo el debate sobre la responsabilidad de los industriales, que salía a la luz tras más de cincuenta años de silencio político, respetado escrupulosamente por el mundo académico. Grandes empresas como las I. G. Farben, o Volkswagen, tenían fábricas en Auschwitz y otros campos de concentración, donde aprovechaban la mano de obra esclava y cometían todo tipo de atrocidades, pero sus jefes recibieron sólo penas leves. Estas empresas encargaron historias empresariales legitimadoras a especialistas académicos; entre ellas el Deutsche Bank, muy afectado por el problema del oro de los judíos. Estas historias empresariales fueron denunciadas en le *Times Literary Supplement* en 1998, por el artículo de **Michael Pinto-Duschistky** llamado *Vender el pasado*. Ello provocó la réplica inmediata de los afectados, como **Hans Mommsen** (nacido en 1930), principal historiador oficial.

**Pinto-Duschinsky** volvió a contestar con el silenciado caso de la guardería de la muerte de la fábrica de Volkswagen, donde unos 365 hijos de trabajadoras extranjeras fueron eliminados por hambre o malos tratos.

A finales de 1999 se llegó a un acuerdo de indemnización a los supervivientes de los trabajadores forzados, pagada a medias entre la industria y el gobierno alemán, que los industriales regatearon al pagar.

También en Japón se indultó a los industriales, ya que según **George Kennan**, los dirigentes industriales y comerciales del país eran los más aptos para relacionarse con su nuevo protector, los EE.UU. Por ello se ocultaron atrocidades como los horribles experimentos médicos realizados en Manchuria con seres humanos, de 1932 a 1945, bajo la dirección del microbiólogo **Shiro Ishii**, en la Unidad 731, cuyos resultados científicos fueron aprovechados por los norteamericanos.

Ya durante la rendición de Japón, en el '45, **MacArthur** ordenó eliminar las versiones ultranacionalistas y crear otras en valores de paz y democracia. En principio, se dejó decidir a los profesores los libros con los que querían enseñar, pero debido a la inclinación de éstos por los libros de izquierda, en 1956 se reforzó por ley el control estatal sobre las escuelas, permitiendo la censura de los libros. Medio millón de maestros, apoyado por asociaciones de estudiantes, salieron en manifestación.

En 1986, el gobierno de **Nakasone** pretende volver a los valores tradicionales, alterando la historia de los libros de texto, justificando el imperialismo japonés con el imperialismo occidental. En 1998, el profesor **Fujioka**, de la Universidad de Tokyo, fundó la *Sociedad para hacer nuevos libros de historia*, que pretende oponerse a la



aceptación de las culpas de las atrocidades japonesas como la de las mujeres coreanas forzadas a servir como prostitutas a los soldados, eliminando estos episodios de las nuevas revisiones de la historia.

Las guerras de la historia a veces han tenido consecuencias trágicas, como la que se introdujo en Ruanda por los belgas y por las órdenes religiosas, que hizo levantarse a los hutus contra los tutsi, con el pretexto de la revolución social en 1959-1961; y finalmente llevó al genocidio tutsi en los años '90. La restauración de la paz en Ruanda dependerá para **Fontana** del reemplazo de las versiones históricas feudalistas por otras más objetivas o inocuas. En fin, para Fontana, las guerras de la historia tienen poco que ver con la ciencia y mucho con el contexto político y social en que se mueven los historiadores.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 4:

Álvarez Osés, José Antonio, et al.  
 Benigno, Francesco  
 Berenbaum, Michael, y Abraham J. Peck, eds.  
 Berghahn, Volker R., y Hanna Schissler, eds.  
 Bétourné, Olivier, y Aglaia I. Hartig  
 Borkin, Joseph  
 Boyd, Carolyn P.  
 Chomsky, Noam, et al.  
 Cuesta Fernández, Raimundo  
 Dorpalen, Andreas  
 Dower, John  
 Fulbrook, Mary  
 Garcia, Patrick  
 Gildea, Robert  
 Herf, Jeffrey  
 James, Harold  
 Kaplan, S. L.  
 Kaye, Harvey  
 Le Bozec, C, y Eric Wauters, eds.  
 Lerner, Gerda  
 Low, Alfrid D.  
 Mayordomo, Alejandro, ed.  
 McDonald, T. J., ed.  
 Molho, A., y G. S. Wood, eds.  
 Nash, Gary B., Charlotte Crabtree y Rose E. Dunn  
 Niven, Bil  
 Novick, Peter  
 Ortiz de Orruño, J. M., ed.  
 Paris, Erna  
 Pasamar, Gonzalo  
 Pérez Garzón, Juan Sisinio, ed.  
 Phillips, Robert  
 Saint Jacob, Pierre de  
 Saunders, Frances Stonor  
 Schrecker, E.  
 Shapiro, Gilbert, y John Markoff  
 Simpson, Chistopher, ed.  
 Tilly, Charles  
 Zinn, Howard

## 5. El giro cultural

En los '60 del siglo XX se dieron cambios muy importantes en el mundo. Las nuevas generaciones comprobaban que no había ni más libertad ni más igualdad, ni un desarrollo económico equilibrado, en el nuevo orden postnuclear que había surgido sobre millones de muertos. Un intento de cambiar la sociedad se extendió desde California hasta Italia, que finalmente sería dominado por el sistema.

En el rechazo de la cultura establecida ve **Jameson**, el surgimiento del postmodernismo como vanguardia, que será aceptado y convertido en académico. Pero la conciencia plena de esta ruptura y el mismo término postmodernismo, será un hecho posterior.

**Jameson** sitúa esta mutación cultural en la evolución y superación del existencialismo sartriano o “estructuralismos”, que se basaban en el descubrimiento de la primacía del lenguaje o del símbolo. Y asocia su transformación en postestructuralismo a **Foucault, Deleuze, Derrida** y otros.

La insatisfacción de las nuevas generaciones de los EE.UU. del macarthismo, donde se había silenciado a la izquierda, y de Francia, por ejemplo, donde el marxismo más o menos auténtico era la tónica intelectual, eran diferentes por sus contextos políticos. El descontento que provocó este giro cultural tenía aspectos de protesta generacional, que en el terreno de la historia se enfocaba contra la ortodoxia académica de la historia económica y social de los maestros, reivindicando las visiones antropológicas de la cultura.

En Gran Bretaña este giro fue precedido por **E. H. Carr** con *What is history?* (1961) e iniciado por los historiadores marxistas británicos como **E. P. Thompson**, que pasó a estudiar la confrontación de clases en el terreno de la conciencia.

El escepticismo envolverá la historia social y se tenderá a la vuelta a la crítica de textos y el análisis cultural, porque la “nueva crítica” hará hincapié en la aprehensión de la realidad como un producto cultural, desfasando la visión anterior de cultura como producto de la sociedad (y de la economía, por ende). Esta nueva crítica nutrirá a grupos de jóvenes desmovilizados que acudieron a la Universidad.

A finales de los '60 y los '70, otra nueva oleada de estudiantes consideraría esta “nueva teoría crítica”, fosilizada y encasillada en fórmulas canónicas, por lo que es a su vez, sometida a crítica. A partir del 2000, Fontana observa un nuevo cambio generacional en los estudiantes.

El caso de Francia es ilustrativo. Al tiempo que *Annales* llegaba a su apogeo, **Fernand Braudel** es defenestrado y su poder repartido. Este equipo, rígidamente jerarquizado, adoptará el nombre de “nouvelle histoire”, con el que también se bautizará la nueva corriente que generará. En lo más alto de esta jerarquía están **Le Roy-Ladurie, Le Goff y Furet**, que controlan l'École. **Chaunu** o **Ariès, Mandrou, Vernant, Ferro** o **Nora**, ocuparán escalafones inferiores. Y otros serán sencillamente ignorados o silenciados.

Desde la dirección de *Annales* se justifica una práctica histórica sin reglas ni principios, mezclando temas dispares sin orden ni concierto. En el estructuralismo se quiso encontrar una ordenación desde 1971, con el número monográfico *Historie et Structure*. Comienzan las influencias de **Lévi-Strauss, Georges Dumézil** (1898-1986), y **Michel Foucault** (1926-1984).

En *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines* (1966), *L'archéologie du Savoir* (1969) y *Surveiller et punir* (1975), Foucault teorizó sobre la

inutilidad de los historiadores, por falsificar e inventar la evolución y la continuidad sobre la base de las discontinuidades de la realidad y la imposibilidad fáctica de reconstruir lo que sucedió en el pasado.

Ello animó el espíritu de revuelta de 1968, que se saldó con el éxito de ésta. La sospecha surge cuando el poder, que tan intensamente se supone domina la sociedad, consintiese que sus métodos ocultos fuesen denunciados por un catedrático que desviaba a los intelectuales críticos, de la economía hacia una filosofía para iniciados, de vocabulario esotérico. Algunos autores reclamaban a Foucault que especificase dónde se encontraba la detentación de ese poder, pero Foucault fluctuaba como su propia vida, entre descubrimientos entusiastas y desencantos.

**Foucault** planteó problemas importantes universalmente sensibles, pero sus métodos, vaguedad y sesgado conocimiento de las fuentes han sido criticados por otros eruditos. En principio, su pensamiento podría haber revolucionado la historia, según escribió **Paul Veyne** en 1978, por su análisis de “lo que hace la gente”, condenando el método teleológico y reemplazando los objetos de estudio por las relaciones generadas. Posteriormente, estas formulaciones se estancaron en invocaciones de sus seguidores, que no fueron capaces de desarrollarlas.

Entusiasmados con **Foucault**, que prometía darles la coherencia que les faltaba, los de *Annales* aceptaron el despedazamiento de la historia. Aparece *Faire de L'histoire*, obra miscelánea dirigida por **Jacques Le Goff** y **Pierre Nora**, planteando nuevos problemas y nuevos objetos de la historia, aunque rechazaban cualquier relación con la filosofía de la historia tradicional y con la historia positivista, proponiendo una historia de estructuras globalizantes muy interesada por el imaginario.

La primera crisis de los “nouveaux” se dio cuando **Vilar** consigue publicar una crítica hecha con rigor, a las trampas y errores de **Foucault**, por lo que éste, incapaz de aceptarla, clausuró la segunda edición de la obra. Comienzan los intentos de crear una doctrina sistemática en la enciclopedia de *La nouvelle histoire*, dirigida por **Le Goff**, **Chartier** y **Revel**, que retrotrae las raíces de *Annales* a la Ilustración, camuflando la defenestración de **Braudel** con una cesión del poder a los jóvenes. Los directores de la enciclopedia hacen un repaso a las aportaciones de *Annales* y a la relación con otras disciplinas, de las que la antropología es la más influyente. La economía y la geografía son dejadas de lado y se plantea la fusión entre historia, antropología y sociología. **Ariés** triunfará al considerarse la historia de las mentalidades que él estudia cercana al psicoanálisis, en un plano alejado de lo socioeconómico.

La historia de las mentalidades fue exhibida durante muchos años como el gran hallazgo de la escuela, aunque **Braudel** y **Fichtenau** fueron contrarios al estudio de las mentalidades de forma aislada a la socioeconomía. Sin embargo, el campo de las mentalidades no pudo ser definido completa y aunadamente, por lo que vino a recoger los residuos del análisis de la historia, confrontando el discurso organizado de las ideologías con la confusión de las mentalidades.

**Vovelle** pudo investigar suficientemente temas como la descristianización, sólidamente documentada, pero fue vago en cuanto a actitudes colectivas anónimas, creencias o sentimientos.

**Vovelle** y **Chaunu** investigaron los testamentos entusiásticamente para sus estudios sobre mentalidades, y **Chartier** llegó a considerarlos determinante fundamental de la realidad social.

Otros historiadores que realizaron estudios sobre mentalidades fueron: **Mandrou**, **Couteau-Bégarie**, **Hervé Martin**.

Los “nouveaux” ignoraban casi todo lo que no había sido publicado en francés, por lo que se atribuyeron el descubrimiento de las mentalidades, que en realidad ya habían sido penetradas anteriormente por autores como **Collingwood** o **Norbert Elias**.

El concepto de mentalidades tuvo éxito entre los medievalistas para explicar la religiosidad o la cultura popular.

**Peter Burke** dice que los estudiosos de las mentalidades del grupo de Annales hablan más de representaciones o de imaginario social que de mentalidades, aunque el problema de indefinición sigue siendo el mismo.

Los años de gloria de los “nouveaux” fueron los ’70 y los primeros ’80, donde llegaron al gran público mediante colecciones populares de libros, la televisión y revistas y periódicos de gran difusión, siendo traducidos y reconocidos en el extranjero, especialmente en EE.UU., que hallaron en ellos la vacuna contra el marxismo, y fueron recibidos como una inspiración progresista. **Le Roy-Ladurie** dio una conferencia en Nueva York en 1980, y la *New York Review of Books* traducía a **Le Goff** con grandes elogios.

Las tornas cambiarán a partir de 1988, cuando una nueva generación menospreciará la superficialidad de sus realizaciones, y los “nouveaux” comenzarán a perder público y lectores. En su última etapa, la escuela no había producido grandes libros como los de **Labrousse**, **Braudel** o **Vilar**. Al intentarse una “*tournant critique*”, que buscaba un nuevo planteamiento metodológico colectivo, aumentó la fragmentación y la dispersión, apareciendo el libro de **François Dosse**, *L’empire du sens*, que mostraba la historia en migajas.

Finalmente todo esto llevó a un predominio de la especulación filosófica y sociológica en forma de numerosos ensayos de teorización, sin ningún ejemplo de gran obra de investigación histórica que sirviese de modelo.

De estas migajas, **Bernard Lepetit** (muerto en 1996) hace una mezcla ecléctica de los retazos que quedaban de los diversos maestros de la escuela, y propone la microhistoria para reconstruir la historia como ciencia social.

**Gérard Noiriel** buscará también soluciones pragmáticas a la crisis de la historia, y teorizará y cultivará la historia contemporánea, desatendida por las generaciones anteriores de Annales. Algunos temas comprometidos, políticamente tratados por él serán el derecho de asilo en Francia y los orígenes del régimen de Vichy.

El resto de los “nouveaux” se dedica a refinados juegos de erudición y experimentaciones lúdicas, pasando por alto los problemas actuales. Después de los

años en que estuvieron de moda, perdieron su influencia en las corrientes de la ciencia histórica mundial, ya que aparecen nuevas líneas de estudio.

En EE.UU., el conflicto de Vietnam supuso una quiebra del consenso nacional, cuando las críticas desembocaron en el movimiento por los derechos civiles, que desarrollará una contracultura contestataria de jóvenes blancos, que luchará contra el racismo y el imperialismo.

Entre los historiadores que se opusieron a la guerra fría y en especial a Vietnam, destaca **Williams Appleman Williams**, con *The tragedy of American diplomacy*, 1959, y *The roots of the modern American Empire*, 1969. Otras revisiones trataron de hacer una historia desde abajo, como la de Howard Zinn *A people's history of the United States*, 1980.

El grupo *Radical history review* inició una aproximación a los métodos marxistas británicos y en especial a los de **E. P. Thompson**, aunque esta tendencia radical fue aislada por el sistema, ya que fueron derrotados en las elecciones a la presidencia de la American Historical Society en 1969

Tanto en EE.UU. como en Gran Bretaña, la historia social fue abandonada gradualmente a favor de la historia cultural y el giro lingüístico (estructuralista).

En EE.UU., **Hayden White**, profesor de historia de la conciencia en la Universidad de California, antepone la poética histórica y el propósito narrativo a la exactitud de los datos o la explicación de conceptos históricos. En la misma línea, **F. R. Ankersmith** ataca a la historia, presa de las modas intelectuales o la preferencia política, y la coloca en el rango más bajo de la categoría científica entre todas las disciplinas. También **La Capra** se adscribirá a este giro lingüístico de la historia.

Para **Fontana**, estos argumentos no tienen validez, ya que las limitaciones del historiador con respecto a lo inabarcable de la realidad, que no puede ser narrada completamente; según **White**, son el reflejo de la propia vida real y cotidiana, en la que también tenemos que seleccionar y elegir. Tampoco ningún periódico abarcará la totalidad de lo que sucedió el día anterior, no los lectores lo leerán de forma completa, sino que seleccionarán a su vez la información que más le interese.

En torno a los '80, de forma tardía, se dio el giro cultural en el terreno de la historia, que estuvo provocado por el hastío por el marxismo vulgar y los estudios cuantitativos. Se propondrá un tipo de historia cultural más sofisticado, planteado en principio dentro del marxismo, pero que significaba el inicio de su liquidación.

En EE.UU. se reclamará una historia cultural e intelectual que llegará hasta los '90. Sus exponentes serán **Keith Baker** o **Patrick Joyce**.

En Alemania el giro se produjo también entre los '80 y los '90, que recuperará sus propias tradiciones culturales y en especial, el pensamiento de **Max Weber**. Sin embargo este giro tuvo factores de ambigüedad que se pueden explicar por la ruptura generacional. Aparecerá una "nueva arqueología" de jóvenes que decidieron ser más científicos y más antropológicos, desde 1958. Bases fundamentales de esta nueva

arqueología eran los modelos ecológicos, las pautas de asentamiento y los procesos humanos.

**Lewis Binford** dio forma a estas tendencias, usando la antropología para estudiar los comportamientos culturales. Se renovaron los métodos de investigación e interpretación, y se aplicó sistemáticamente la “nueva geografía”, con el aporte de **David Clarke**, por ejemplo.

A partir de los '80, nuevas tendencias causarán una nueva crisis en la arqueología, que volverá a reclamar una óptica cultural.

Durante el giro cultural, se extendió a la historia el método de análisis de texto, pero al mismo tiempo se daba otro giro que dará lugar al llamado “nuevo historicismo”, que hará su aparición a finales de los '80.

**Fontana** opina que lo historiadores partidarios de este giro lingüístico eran mucho menos innovadores de lo que pretendían, ya que en el terreno de la historia había larga tradición de estudio del lenguaje y el discurso, como la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos alemana. Pero encuentra útiles ciertos elementos de crítica textual, con evidencias arqueológicas y datos cuantitativos.

Para **Fontana**, olvidamos que explicamos la historia porque conocemos los resultados de los hechos que se produjeron en una época o momento determinados, y perdemos de vista acciones, esperanzas y temores de las cosas que no llegaron a suceder, pero que hicieron a los que las vivieron tomar sus decisiones. Una de las utilidades del análisis de texto, además de evitar las lecturas anacrónicas, radica en la posibilidad de examinar la elaboración de los textos legitimadores, y en primer lugar los propios relatos históricos.

**Alan Gross** ha estudiado la retórica de la ciencia, que pretende ser demostración. La narración es la forma habitual en la que el hombre organiza sus conocimientos, incluso los de las ciencias naturales.

Para **Fontana**, una forma interesante de acercarse al análisis de textos es la de **Carlo Ginzburg** en el tratamiento de documentos policíacos y judiciales. Estos textos revelan, y a la vez disfrazan, la realidad. Sin embargo, la realidad social no debe ser escamoteada por los textos, como **hace Patrick Joyce**, para el que no es la clase la que hace el lenguaje, sino el lenguaje el que produce la clase, y que ésta no es más que un producto discursivo.

Para **Fontana**, estas elucubraciones no son útiles para aproximarnos, no a la historia ni a los problemas actuales de los grupos sociales. Para nuestro autor, la pura teorización sobre el discurso no es más que una fantasmagoría generalmente reaccionaria, estéril y vacía, provista de las armas de la retórica. Fontana apunta positivamente, en cambio, las nuevas tendencias de aproximación a la ciencia cognitiva, que muestra la complejidad de los mecanismos que transforman un haz de sensaciones en recuerdos, y que tanto tienen que ver en la formación de la memoria colectiva que denominamos historia.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 5:

Bédarida, François, ed.  
 Binford, L. R.  
 Burke, Peter  
 Carrard, P.  
 Chartier, Roger (sic. Roland)  
 Chaunu, Pierre  
 Clarke, L.  
 Couteau-Begarie, Hervé  
 Dosse, François  
 Eridon, D.  
 Evans, R. J. W.  
 Fay, Brian, Philip Pomer y R. T. Vann, eds.  
 Foucault, Michel  
 Gurevich, Aron  
 Hamilton, Richard F.  
 Hunt, Lynn, ed.  
 Jameson, Frederic  
 Krieger, Leonard  
 LeGoff, Jacques, y Pierre Nora, eds.  
 Le Roy Ladurie, E.  
 Lepetit, B., ed.  
 Lepetit, B.  
 Lloyd Geoffrey  
 Marwick, Arthur  
 McDonald, T. J., ed.  
 Molho, Anthony S., y Gordon S. Wood, eds.  
 Morris, Ian  
 Neubauer, John, ed.  
 Noiriél, Gérard  
 Penedo, Antonio, y Gonzálo Potón, eds.  
 Pomian, Krzysztof  
 Prost, Antoine  
 Richter, Melvin  
 Rorty, R.  
 Thompson, Willie  
 Trigger, B. R.  
 Veese, H. A., ed.  
 Veyne, Paul  
 Vovelle, Michel  
 White, Hayden

## 6. La crisis de 1989

Para **Fontana** la historiografía actual tiene dos momentos de inflexión. El primero, el giro cultural iniciado en los años '60; el segundo el de 1989, que se dio a partir del hundimiento de la Unión Soviética, y la caída del muro de Berlín, que coincidió con la conmemoración del bicentenario de la Revolución francesa.

**Fukuyama** debatió sobre el fin de la historia, y la *American Historical Review* recrudesció el debate sobre la nueva y la vieja historia. Sólo algunos autores soviéticos críticos y creativos, como **Diakonoff**, **Ado** o **Kossok** pudieron hacer sobrevivir su trabajo. El estructuralismo a la francesa, petrificador de los conceptos marxianos, también se desvaneció. Y el marxismo sólo continuó en visiones amplias, como la de **Hobsbawm** o la de **Thompson**.

El debate sobre el fin de la historia que hizo famoso a Francis Fukuyama, fue amparado por la conservadora fundación norteamericana John M. Olin, que financia programas destinados a reforzar instituciones económicas, políticas y culturales sobre las que se sustenta la empresa privada.

**Fukuyama** sostenía que el motor de la historia son dos fuerzas básicas: las ciencias naturales y la tecnología. La evolución de la historia culmina para él en la

democracia liberal y la economía de mercado, por lo que éstos son ahora adquisiciones definitivas de la historia.

La Fundación M. Olin difundió el nuevo paradigma con éxito total. **Fukuyama** expuso sus ideas en Chicago, tras lo que se publicó el artículo *The end of history?*, en 1989 en *The National Interest*, revista pagada por la fundación, que publicó también las críticas de otros historiadores a las tesis de Fukuyama. Tras crear un ambiente de debate pluralista, las tesis de Fukuyama fueron publicadas a nivel mundial en 1992.

Pero pronto el paradigma de Fukuyama pasó de moda, porque los conflictos y enfrentamientos seguían presentes, y hubo de poner en circulación un nuevo paradigma, de lo que se encargó **Samuel Huntington**. El lanzamiento se hizo con la misma técnica que se había empleado para el de Fukuyama. En 1993 apareció el artículo *The Clash of Civilizations?*, donde se explica la desaparición del mundo en tres bloques de la guerra fría, y el surgimiento de un nuevo orden donde los conflictos vienen dados por el choque cultural entre civilizaciones, definidas en criterios religiosos. El “imperio del mal” será la alianza islámico-confuciana, frente a la que Occidente deberá permanecer unido. La defensa de la civilización occidental que da ejemplificada para Huntington en la guerra del Golfo. Las elucubraciones de Huntington se vieron arrinconadas con la crisis de Afganistán, que redefinió el enfrentamiento como una lucha contra el terrorismo, haciéndolo heredero del viejo enemigo revolucionario, para evitar el riesgo de presentar el tema como una cruzada contra el Islam.

Estos paradigmas no satisficieron a los científicos sociales, que observaban en el hundimiento del comunismo en 1989, el fracaso del proyecto transformador iniciado en la Ilustración. **John Gray**, profesor de política en Oxford, define la necesidad de basar el progreso en una visión más amplia que la de la anárquica economía de mercado que ha sucedido a la guerra fría.

**George Soros** e **Immanuel Wallerstein** observan la desilusión popular ante los estados, en un momento en que el nuevo fanatismo del mercado se ha vuelto más peligroso para el mundo que el recién caído comunismo, ya que hace prosperar la desigualdad. Anuncian la posibilidad de que graves conflictos como los aparecidos en África subsahariana durante los '90, se extiendan a las regiones más ricas y aparentemente más estables, como los EE.UU.

En este sentido, **Fontana** comunica lo que puede ser el comienzo de graves conflictos con instituciones económicas internacionales como el FMI, el Banco Mundial o la OMC.

La historia analítica, que explica que los grandes cambios sociales son de carácter progresivo, cae en descrédito y se vuelve la vista a la historia narrativa.

**Lawrence Stone** (1919-1999) hizo en 1991 una angustiosa llamada para evitar que el postmodernismo lingüístico, antropológico y cultural, y el nuevo historicismo convirtiesen la ciencia histórica en una especie en peligro de extinción. Propone el retorno a una historia de los acontecimientos y la conducta sobre la base de textos contemporáneos, y con la finalidad de explicar los cambios.



Obtienen éxito de ventas historiadores como **Simon Schama**, que consigue una narración interesante sobre la cultura holandesa de la edad de oro, deslumbrante por proporcionar informaciones curiosas sobre variadísimas cuestiones, en buen estilo. Pero esta obra fue criticada por sus fallos factuales. En esta línea narrativa siguió *Citizens: A chronicle of the French Revolution*, con estructura multibiográfica e insuficiente aparato erudito. Fracasó rotundamente *Dead certainties. (Unwarranted speculations)*, que intentaba asociar historia y ficción. Otra obra, *Rembrandt eyes* (1998) fue recibida por los *media* como una obra maestra, pero denunciada por los mismos errores que las obras anteriores.

**Jonathan Israel** concluye que la tendencia en la nueva cultura es a apreciar las habilidades para la comunicación y la brillantez, dejando de importar lo que se comunica.

Según **Fontana**, la narración debe ser apoyada siempre que se fundamente en una base adecuada de erudición. Según **Maurice Keen**, la narración debe servir para describir fuerzas del azar, de coincidencia, de carisma o maldad individuales que interactúan con los sistemas sociales, económicos y políticos, que no se deben olvidar para explicar lo sucedido en el pasado.

Cercana al retorno a la narración está la microhistoria a la italiana. Algunos ejemplos de esta tendencia son: *Il formaggio e vermi* (1976), de **Ginzburg**; *The return of Martin Guerre*, de **Natalie Z. Davis** (1983); *The great cat massacre*, de **Robert Darnton** (1984). Otras recuperaciones son los procesos de brujas, como la del profeta Mathias en Nueva York, de principios del siglo XIX, etc...

En 1985 **Furio Díaz** lanzaba una protesta contra la moda de los historiadores de escribir sobre la vida cotidiana, olvidando las perspectivas generales.

Para **Fontana**, el proyecto de los microhistoriadores, excepto **Levi**, no han dado solidez a la razón de ser de su metodología. Levi trató de entresacar los elementos en común de esta práctica historiográfica. Para él, el desencanto de los '70 produjo relativismo e irracionalidad, y los historiadores de izquierdas, de tradición marxista, redujeron su escala de observación, tratando de rectificar las generalizaciones abusivas de las viejas interpretaciones de la historia social, para lo que se valieron de la técnica del relato. Asimilar las herramientas del microhistoriador es de una utilidad innegable, cuando esas técnicas puedan ser integradas en un equipamiento más amplio.

Fontana hace la misma observación para la historia oral, adoptando lo que hay de positivo en sus recursos, y advirtiendo sobre exageraciones. Desde otros campos de las ciencias sociales se ha propugnado como solución el uso de una narrativa analítica, que haga posible asociar narrativa y teoría.

Fontana cree que resulta peligroso para las ciencias sociales, y en concreto para la historia, caer en la tentación de imitar unos métodos científicos que no le son propios, ya que imitar por ejemplo a la física, puede llegar a hacer de la historia una pseudociencia o a desastres como el escándalo **Sokal** (1996).

**Gershenfeld** condena el uso sin criterio del nuevo léxico (realidad virtual, teoría del caos, redes neurales, fuzzy logic...).

**Fontana** cree razonable que el historiador analice las aportaciones de la teoría de la complejidad y de la autoorganización (caos determinista), para ampliar perspectivas y encontrar caminos de pensar distintos para algunos problemas. Para nuestro autor, no es válida la aplicación de fórmulas simplistas derivadas de una transposición literal desde otras disciplinas, al complejo terreno de la historia, como por ejemplo, la realizada por dos científicos respetables sobre la reacción Belousov-Zhabotinsky (BZ), aplicada a revoluciones y desorden civil.

La reacción Belousov-Zhabotinsky es la aparición espontánea de un orden en una mezcla química caótica. **Stuart Kauffman** propone que el estudio de estas reacciones puede explicar aspectos de morfología en organismos simples y complejos, o la muerte súbita por arritmia cardíaca; pero a **Fontana** le parece que la reacción BZ, aplicada a fenómenos sociales es una forma de simplificación no admisible.

En cuanto a aplicaciones satisfactorias de las teorías de la complejidad a campos concretos de historia económica, como en el estudio de las ondas largas, la opinión de Fontana es positiva. También es positiva la inclusión de nuevas visiones de evolución biológica, como la cladística, a fin de evitar la visión de fatalidad que crea la retrospcción. Para Fontana, es necesario adoptar la propuesta de la Fundación Gulberkian de hacer converger las ciencias naturales y humanas.

**M. Ellis** denuncia irritado, que las universidades no pueden servir al mismo tiempo al conocimiento y a las causas políticas y sociales, sirviendo a las exigencias de lo políticamente correcto y el multiculturalismo.

El postmodernismo es de difícil definición y tiene genealogías muy diversas según se le considere desde el arte, la filosofía o la literatura. En arquitectura se fecha su origen en la década de los '70, cuando un edificio de viviendas "moderno" de Saint Louis, inspirado en **Le Corbusier** y premiado por su calidad arquitectónica, fue dinamitado en 1972, por resultar un entorno inhabitable para la gente de bajos ingresos que vivía en él. A partir de este momento queda atrás el modernismo y comienza el postmodernismo. El término fue difundido por **François Lyotard** en *La condition postmoderne* (1979).

Tanto en la historia como en el arte y el pensamiento, la reacción postmoderna ha nacido de una serie de negaciones y rechazos, comenzando por los métodos de historia social que dominaban los '60.

En sus formulaciones más coherentes y ambiciosas, los postmodernos se presentan como defensores de un cambio mucho más radical, que enlaza con el rechazo de la tradición ilustrada por parte de **Adorno** y **Horkheimer**.

Para **Keith Jenkins**, la postmodernidad es una condición general, no una ideología. Es el fracaso del intento que comenzó en la Europa ilustrada del XVIII, de conseguir elevados niveles de bienestar personal y social por medio de la aplicación de la razón, la ciencia y la tecnología.

Para **Lyotard**, el proyecto moderno había conducido a Auschwitz y había marcado con esto su trágica liquidación. **Fontana** cree que esta postura conduce a un

escepticismo paralizador, hartado satisfactorio para el orden establecido, que no ha de temer molestias de este lado; y que tiene como consecuencia la inhibición de cualquier compromiso de explicar el presente.

En Francia, los postmodernistas influirán en la historia, pero ellos mismos no son historiadores. Es el caso de **Lyotard, Braudillard, Barthes, Foucault, Derrida, Deleuze, Ricoeur y Certan**, con algunas influencias de otras culturas como **Nietzsche** o **Rorty**.

Para el postmodernismo, la historia es imaginativa e interpretativa, es la metanarrativa cultural central de Occidente, una especulación modernista que hace que asignemos a acontecimientos fortuitos, una trayectoria y significación determinadas por los grandes programas de desarrollo y progreso. Pero frente a la historia tradicional, los postmodernos no han propuesto alternativas para la investigación histórica, dedicándose sólo a la teoría sin generar ningún ejemplo práctico de aplicación.

En cuanto a la construcción social de las ideas, se han dado algunos pasos positivos, pero **Fontana** advierte que esta especialización podría llevar a la negación de todo conocimiento objetivo, lo que resulta innecesariamente paralizador.

Las ciencias naturales también han sido atacadas por la crítica postmoderna, como construcciones sociales, producto de una cultura que verifica los paradigmas dominantes, e ignora lo que los contradice.

**Harry Collins** y **Trevor Pinch** insisten en que no pueden separarse ciencia y sociedad, e investigan que la historia de la ciencia ha sido mucho menos clara y limpia de lo que se pretende hacernos creer. La aceptación de una nueva hipótesis resulta fácil si encaja en los paradigmas aceptados, pero puede resultar muy difícil si los contradice.

Como ejemplo está el caso de **Chandrasekhar**, un joven científico desconocido que expuso la hipótesis de lo que hoy denominamos “agujeros negros”, que chocaba con la autoridad de **Arthur Eddington**, y no consiguió que nadie examinase seriamente sus argumentos. O el caso de **Belousov**, que en 1958 tampoco consiguió la aceptación de su reacción BZ.

**Ian Hacking** denuncia el alud de reducciones y los extremos a los que han llegado las guerras de la cultura, para aceptarse finalmente las hipótesis que fueron frenadas en principio. Sin embargo, en historia, el postmodernismo no ha llegado a encontrar las pautas para investigar el pasado, entre otras cosas porque los postmodernos niegan que haya posibilidad real de llegar a conocerlo.

Para **Fontana**, en los libros de los postmodernos hay mucha teoría y poco contacto con la realidad, como en los de **Mark Poster**, profesor de la Universidad de California, al cual **Kevin Passmore** reprocha la manía de los postmodernos de escribir sobre el pasado o interpretarlo, como hizo **Fukuyama**, cuando están convencidos de la imposibilidad de la historia, haciendo afirmaciones grandilocuentes careciendo de conocimientos suficientes para ello. **Fontana** critica a **Keith Jenkins** o **Alun Munslow**, por negar cualquier validez a la historia y a la ética y considerarlas muertas, y considerar el momento de nuevas formulaciones morales sin recurrir a los moribundos sistemas, libres de un pasado discursivo y oprimiente.

Según ha dicho **Ziaddin Sardar**, el postmodernismo es el auténtico fin de de la historia tal como la hemos conocido, porque priva a todos los acontecimientos históricos de sentido, ya que el significado es un acto de interpretación.

Según **Fontana**, por su esterilidad, el postmodernismo está condenado a una pronta extinción sin haber producido obras significativas. Para **Patrick Joyce**, por el contrario, el postmodernismo está triunfando como actitud crítica hacia la política. Sin embargo, **Fontana** reconoce algunos puntos positivos al postmodernismo, como el obtenido por la arqueología, donde ha servido para superar el estrecho cientifismo casi positivista del procesualismo.

En los años '80, la arqueología procesual entró en crisis ante los ataques postmodernistas que la acercarían, paradójicamente, a una óptica cultural. **Ian Hodder** fue uno de los atacantes, acusando al positivismo cientifista de la “new archaeology”, de haberse apartado excesivamente de la historia, intentando recuperar las líneas de **Collingwood**.

La nueva arqueología postprocesual recoge aspectos del postmodernismo, como la aceptación explícita de que toda interpretación del pasado se hace en función del presente y tiene siempre una resonancia política. Es más un planteamiento de preguntas que una provisión de respuesta. Sus cuatro temas fundamentales son: relación norma-individuo, relación proceso-estructura, relación de lo ideal y lo material, y relación entre sujeto y objeto. Y finalmente se aleja de los planteamientos, pues pretende reconstruir la historia en el tiempo, adecuándose a la moderna teoría social.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 6:

Anderson, Perry  
 Ankersmit, F. R.  
 Bates, Robert H. et al.  
 Bond, George Clement, y Angela William, eds.  
 Burke, Peter, ed.  
 Coveney, Peter y Roger Highfield  
 Davis, Natalie Zemon  
 Dirlik, Arif  
 Dunaway, D. K., y Willa K. Baum, eds.  
 Edgar, Andrew, y Peter Sedwick, eds.  
 Egmond, Florike, y Peter mason  
 Fukuyama, Francis  
 Ginzburg, Carlo  
 Hacking, Ian  
 Harvey, David  
 Himmelfarb, Gertrude  
 Hodder, Ian  
 Holland, J. H.  
 Huntington, Samuel  
 Jenkins, Keith  
 Johnson, Matthew  
 Kauffman, Stuart  
 Kiel, L. Douglas, y E. Elliott, eds.  
 Lyotard, J. F.  
 Morris, Ian  
 Mudimbe, V Y., y B. Jewsiewicki, eds.  
 Muir, Edward, y Guido Ruggiero  
 Munslow, Alun  
 O’rourke, Kevin H., y J. G. Williamson  
 Poster, Mark  
 Rothman, Tony, y George Sudarshan  
 Sayer, Derek  
 Sokal, Alan, y Jean Bricmont  
 Southgate, Beverley  
 Toposki, Jerzy, ed.

White, Hayden

## 7. Por una historia de todos

**Fontana** expone que el mayor de los desafíos que se ha planteado la historia en la segunda mitad del siglo XX, y que sigue vigente a comienzos del siglo XXI es superar el esquema tradicional de progreso universal, que justificaba al imperialismo, dejando al margen la historia de los grupos subalternos y de la casi totalidad de las mujeres.

**Agustín Thierry** reivindicó a los grupos sociales excluidos, proponiendo que la sociedad burguesa desplazara a los reyes y aristócratas, abriendo ya en el XIX el camino a la historia de la sociedad civil burguesa para reflejar los cambios producidos en la sociedad. Tradicionalmente la exclusión era doble, ya que dejaba fuera los “pueblos sin memoria” y amplios sectores de los países desarrollados. La mayor parte de la historia política contemporánea dejará de escribir sobre los monarcas, pero sólo se enfocará a los políticos, partidos e instituciones oficiales.

Otro proyecto ambicioso del siglo XIX fue el de **John Wade**, que en 1883 publicó una *Historia de las clases media y trabajadora*, procedente de una historia de los trabajadores considerablemente desarrollada después, en forma de historia del movimiento obrero. Pero la historia del movimiento obrero sólo se ocupó de las clases obreras de los países avanzados, descuidando al resto de grupos explotados, como los esclavos o los trabajadores de las colonias, etc...

Más adelante se produciría una reivindicación semejante respecto a los campesinos. Desde el XIX, como consecuencia de la modernización de la economía, la cultura campesina desaparecerá para integrarse en la cultura nacional. La entrada del campesinado en la vida política moderna había hecho a este abandonar los viejos sueños utópicos de igualitarismo.

Desde mediados del siglo XX, se recupera al campesinado como protagonista de la historia contemporánea, sobre todo en lo que se refiere a las luchas de los pueblos colonizados contra el imperialismo. Sobre ello publicó **Eric Hobsbawm** sus escritos sobre el bandidaje social y la protesta pre-política.

Aparece una nueva línea específica de “peasant studies”, con el *Journal of Peasant Studies*, que comenzó a publicarse en 1974, con la colaboración de **Eric Wolf**, **Teodor Shanin** y **Hamza Alavi**.

El problema histórico que se plantea es que la recuperación del campesinado lo ha catalogado como una clase homogénea, sin estudiar profundamente sus relaciones con la sociedad urbana; cuando la propia cultura que formaban los campesinos europeos no era estrictamente rural, sino popular o plebeya, y estaba mucho más extendida y era menos estática de lo que se supone.

Para **Fontana**, los rasgos negativos de atraso e inmovilismo con los que se define a la sociedad campesina comúnmente, no son más que el desconocimiento de

estrategias de supervivencia que no han sido seriamente estudiados; así como tampoco se ha explicado suficientemente su evolución. Según **Edward Thompson**, la costumbre estaba en un flujo constante, siendo un terreno de cambio y conflicto.

Hacia los años '80, **Shamin** y **Tom Scott** deducen que el arquetipo campesino no existe, siendo los campesinos fuerzas históricas contingentes, cuya emergencia tiene que ver con su relación con otras fuerzas de la sociedad. Pero falta analizar las reacciones campesinas dentro del marco de su propia coherencia interna. Quien ha ido más lejos en esta dirección es el historiador indio **Ranajit Guha**, que reivindica el carácter político de las revueltas campesinas como un aglutinado de contradicciones generalizadas en todos los momentos individuales.

También en el siglo XX reclamarán las mujeres su lugar en la historia general, una vez que su participación política y social se ha llevado a cabo. Pero la confrontación de género ha llevado a escribir una historia específica de las mujeres con poco detenimiento en las diferencias sociales, raciales, etc..., dentro del mismo género.

Para **Sheila Rowbotham**, la historia de las mujeres deberá trascender sus propias fronteras y llegar a discutir la forma en que se presenta la misma historia.

Para **Fontana**, la mayor parte de la historia de los marginados se ha hecho fuera del cuadro general de explicaciones globales, y aparecen con un carácter eurocéntrico.

Para recuperar el individuo y la cotidianidad se hicieron intentos como el de History Workshop, del Ruskin College de Oxford, alrededor de **Raphael Samuel**, o la *Alltagsgeschichte*, o la historia de lo cotidiano alemana. La microhistoria comparte algunas de las preocupaciones acerca de los marginados, pero sus debates giran en torno a la narratividad, por lo que **Fontana** la ha introducido en aquel contexto.

El modelo lineal de la historia del progreso tenía otro ámbito de exclusión: África, América y Oceanía. Se situaba a los pueblos indígenas en una especie de limbo anterior a la colonización, pasando por alto el hecho de que había habido civilizaciones que en muchos sentidos se habían adelantado culturalmente a Europa, y que su retraso posterior tenía causas a la vez complejas.

En cuanto a los pueblos “primitivos” actuales, el estudio sobre ellos ha servido para confirmar su marginación. Los antropólogos alemanes de principios del siglo XX como **Eugen Fischer**, llegaron a conclusiones de conveniencia de la extinción de las razas “inferiores” y de los mestizos, conclusiones que servirían de inspiración al holocausto.

Los estudios en colaboración entre historiadores y antropólogos han sido abundantes en América del Norte, en la disciplina de la etnohistoria. Pero la etnohistoria se ha hecho desde una perspectiva externa y al margen de los pueblos estudiados, que no han participado en su elaboración.

El rechazo del eurocentrismo fue planteado abiertamente por **Edward Said** (nacido en 1936), profesor norteamericano de literatura comparada de origen palestino, que publicó en 1978 *Orientalism*, donde denunció la influencia de **Foucault** de construir un concepto de Oriente esencialmente diferente de Occidente, lo que se convirtió en un arma del imperialismo. Al margen de su función, al llamar la atención

sobre el problema, la obra de **Said** ha ejercido poca influencia sobre los historiadores especializados. Said es considerado uno de los inspiradores fundamentales del postcolonialismo, entre los que también se encuentran los indios **Hombi Bhabha** o **Gayati Chakravorty Spivak**.

Pero el postcolonialismo ha llegado a menospreciar la historia, considerándola como una estrategia del hombre blanco, e incluso **Allan Bishop** ha llegado a decir que las matemáticas occidentales son el arma secreta del imperialismo cultural, proponiendo los sistemas de cuentas de los primitivos, las etnomatemáticas.

Para **Jacoby**, la retirada de las verdades universales en nombre de una nueva multiplicidad pro parte de los teóricos del postcolonialismo, lleva a una incapacidad para analizar y juzgar. **Salman Rushdie** había explicado en 1982 que el multiculturalismo de las escuelas británicas se limitaba a enseñar a los niños a tocar el bongo y a convencerles de que las culturas son tan diferentes, que por fuerza se han de crear problemas de convivencia.

**Arif Dirlik** ha señalado que el postcolonialismo ha ofrecido un refugio a radicales en vista de la decadencia global, desplazando su radicalismo político y social, al marco de la cultura. La concentración de los estudios del postcolonialismo en las representaciones los aleja de los problemas reales y lo hace cómplice del inmovilismo, centrándose en la confrontación Oriente-Occidente. Los postcolonialistas olvidan la confrontación norte-sur de los aspectos económicos y no proporcionan ayuda alguna a las víctimas del imperialismo, como sostiene **Russell Jacoby**.

Otro tipo de estudio más serio lo realizan **Donald F. Lach** (1917-2000), en *Asia in the making of Europe*, o autores como **Van Leur**, **Steensgaard**, **Reid**, **Tracy**, **Deny Lombard**, **Om Prakash**, **Subrahmanyam**, etc; que llevan en la actualidad a establecer una visión nueva en las relaciones entre el Índico y Europa entre 1500 y 1800, descubriendo una red de intercambios con Europa mucho más compleja que el simple comercio marítimo. Acentúa el desafío indio a Europa y se propone explícitamente las viejas visiones eurocéntricas. Como ha dicho **Kenneth Pomeraz**, habría que confrontar las percepciones sesgadas entre Europa y el resto, para construir otras mejores.

A finales de los '60, la escuela india de los "subaltern studies", inspirada sobre todo por **Ranajit Guha**, denunciaba el carácter elitista de una historia nacionalista india, que había heredado todos los prejuicios de la colonial, dejando de lado a los auténticos protagonistas de la consecución de la autonomía, los grupos subalternos de la masa de población trabajadora, es decir, el pueblo. Guha se inspira en **Gramsci** para analizar las formas de movilización horizontal de estos grupos, su ideología, sus condiciones de explotación, y la dicotomía de una burguesía incapaz de aglutinar la lucha por la liberación nacional.

Desde 1985 comenzaron a darse disidencias en el grupo de **Guha**, y los postulados de la escuela fueron objeto de un *forum* de la *American Historical Review*; donde **Gyan Prakash** se aleja de los orígenes iniciales de izquierdas e intentaba la historia desde abajo. Su objeto es prestar mayor atención a la emergencia de la subalternidad como un efecto discursivo, sin abandonar la noción del subalterno como sujeto y actor. Prakash criticaba también a la disciplina de la historia por su cargo

teórico de poder, defendiendo el programa de *subaltern studies* como una combinación de nuevos métodos.

Este programa fue recibido con actitud crítica por **Florencia E. Mallon** que señalaba la trampa de proponer nuevos métodos ignorando todo el trabajo erudito anterior. Para **Fontana** esta escuela está, desgraciadamente, cada vez más cerca de la crítica textual de **Foucault** y **Gramsci**, más que de la investigación de archivo; exceptuando algunos trabajos como *Another reason*, del mismo **Prakash**. Para **Fontana**, otros autores como **Spivak**, caen en el vacío verbal de la despolitización culturalista postcolonial. Al resultar más inocuos, los subalternos han conseguido una audiencia entre los medios académicos occidentales, que no tenían en la época más subversiva.

Uno de los problemas más graves e insidiosos de los que ha credo el eurocentrismo ha sido su influencia en las nuevas historias autóctonas, de Asia, África y América latina, que adoptan los modelos historiográficos europeos. La transposición de algunos conceptos, como feudalismo, ha provocado grandes daños en países latinoamericanos o en Ruanda, por ejemplo. El tránsito de una historia colonial a otra nacionalista resultaba especialmente complejo en el caso de África. Después de la independencia, los historiadores africanos debieron escribir una historia anticolonialista y al mismo tiempo reintegrar la historia de África en la historia universal, que derivaba de los viejos esquemas. La historia africana se ha escrito con grandes distorsiones, ya que se deja aparte el estudio de la vida rural, mayoritaria en este continente.

El fracaso económico inicial de los países africanos independizados llevó a buscar una interpretación próxima a las teorías latinoamericanas sobre dependencia, que culpaban de todo al colonialismo, afirmando, como sostenía un libro de **Walter Rodney**, que Europa había subdesarrollado a África.

Los estudios actuales sobre colonialismo, como los realizados para el caso de Gran Bretaña, por **Daivs y Huttenback**, y **Cain y Hopkins**, demuestran que el imperio no era un buen negocio en términos globales, ya que sólo se beneficiaban unos pocos.

Uno de los historiadores que más y mejor ha investigado las diferencias entre el crecimiento de los países desarrollados y los del Tercer Mundo es **Paul Bairoch** (muerto en 1999), que insistió en desmitificar el papel de las colonias en el desarrollo de los países industrializados.

En los años '60, con la independencia de los países africanos, parecían existir grandes oportunidades de iniciar procesos de desarrollo autóctonos por vías propias, como el socialismo africano de **Nyerere** en Tanzania. Más tarde, tras el fracaso de todos estos proyectos de desarrollo y la evidencia de que la disparidad entre el crecimiento económico desde África negra y el de otros países desarrollados sigue aumentando; se replantearán complejas cuestiones que hacen necesario un análisis histórico adecuado.

**Ernesto Che Guevara** acudió al Congo con ideas políticas extraídas de interpretaciones de raíz europea, pero allí no existían problemas por la propiedad de la tierra, por ejemplo. Los campesinos respondían a formas propias de vida y a solidaridades tribales. La revolución, a la manera que la entendía el Che, en aquel medio social era imposible.



La visión inicial de ruptura radical de la historia nacionalista de Latinoamérica, ha sido totalmente reconstruida. En un principio no se daba importancia a los nativos, se echaba la culpa de todos los males a la colonia, y el acento se ponía en los próceres padres de la patria. Sobre todo en la América andina, la etnohistoria ha conseguido aproximarse a la problemática de los indígenas de Ecuador, Perú o Bolivia.

**Germán Carrera Damas** denuncia una historia colonial eurocéntrica y criolla, sin valoraciones hacia el rico patrimonio indígena y africano.

En Oceanía, el debate sobre el pasado se ha hecho casi exclusivamente en términos de antropología. Los maoríes de Nueva Zelanda o los nativos aborígenes de Australia denuncian las interpretaciones blancas, que construyen la imagen de la inferioridad del nativo y así justificar que se les arrebate el control de los recursos naturales. En Australia, la revista *Aboriginal history*, desde 1977 investiga en la historia para buscar la respuesta a cuestiones cruciales en política, orientación económica, política de inmigración, o compensación a los aborígenes por los malos tratos del pasado.

El orden convencional de la evolución unilineal, organiza todas las historias de los hombres en función del presente (modo de vida, realidad), impuesto por los pueblos europeos.

Según **Fontana**, las soluciones no pueden venir por la vía de la *world history*, que trabaja en el largo plazo e invoca a **Norbert Elias** como maestro, aunque también a **Spencer, Tylor** y **Max Weber**. La *world history* combina cronología y una estructura en fases o etapas, no llevando más que a elucubraciones, según Fontana.

Del excepcionalismo europeo, se pasa a la mundialización, y el desarrollo del capitalismo establece un mercado mundial en el que el oeste ejerce la posición dominante en la historia universal. En esta línea se encuentran visiones de todo tipo. **Fontana** encuentra la de **William McNiel** un tanto simplista (*The rise of the West*, 1936; *Plagues and peoples*, 1976; *The pursuit of power*, 1982), mientras la de **Eric Jones** se limita a explicar el éxito de Occidente en términos de mayor eficacia económica (*The European Miracle*, 1981; *Growht recurring*, 1988). Otros escritores dedicados a esta tarea son: **David Laudes, N. Roserberg** y **L. E. Birdzell**.

Para **Fontana**, se puede caer en la linealidad eurocéntrica incluso desde una actitud neutral y condenatoria al éxito occidental, como sucede a **Eric Wolf** (*Europe and the peoples without history*, 1982), **Jane Abu-Lughos** (*Before European hegemony*, 1989), o **André Gunder Frank**.

Algunas de estas versiones incluyen el caso de Japón, y algunos como **John P. Powelson** (*Parallel paths in Japan and Europe and their contrast with the Centuries of economic endeavor Third World*, 1994), ponen especial énfasis en ello.

**Kenneth Pomeranz** sostiene que Europa y Extremo Oriente estaban en situaciones de desarrollo muy semejantes hacia 1750 (y **Paul Bairoch**), hasta el acceso al carbón mineral y la importación de materias primas y alimentos de América. Y **Christopher Howe** explica los orígenes del crecimiento japonés bajo un determinismo

aún mayor. La *global history* es neutral en buena medida, planteando la idea de que hoy vivimos en la culminación de un tiempo de unificación planetaria. No estudia el proceso de modernización, sino el de globalización posterior, como el proceso de creación de una nueva civilización.

Otras visiones, como la de **André Gunder Frank**, condenan el proceso globalizador, producto de un capitalismo depredador. Gunder Frank será pionero de la escuela de la dependencia, publicando en 1978 *World accumulation 1492-1789*, que le aproximaba a los planteamientos de la escuela del *modern world system* (WST o *world-systems theory*), de **Immanuel Wallerstein**.

Con *Reorient: Global economy in the Asian age*, 1998, **Frank** propone una revisión de la historia del crecimiento económico moderno que busca su origen en Asia, donde la productividad, la producción y la acumulación fueron mayores que en Europa, al menos hasta 1800. Y sostiene que Europa no habría podido nunca arrancar si no hubiera dispuesto del tesoro americano.

**Immanuel Wallerstein** es un sociólogo que ha sido presidente de la International Sociological Association, que ha refundido elementos residuales del marxismo y una fuerte influencia de **Fernand Braudel**. Su esquema se basa en dos principios: 1) las sociedades están fuertemente afectadas por las interacciones entre ellas, 2) el sistema mundial moderno está estructurado por la explotación de la periferia por el centro.

Según **Wallerstein**, ha habido en la historia dos tipos de sistemas mundiales: los imperios mundiales y las economías mundiales. Desde el siglo XVI subsiste la economía mundo del capitalismo, que no ha derivado en imperio. La visión de Wallerstein ha tenido una fuerte influencia en los arqueólogos, pese a que aquél nunca la aplicase a mundos anteriores o ajenos al moderno sistema mundial capitalista de base europea.

**Victor Lieberman** busca una vía de escape a la linealidad en la exploración comparativa de desarrollos distintos. Huyendo de la historia binaria entre el este y el oeste. Trata la evolución de diversos países de Eurasia (Birmania, Tailandia, Vietnam, Francia, Rusia y Japón), encontrando la aparición paralela de procesos incipientes de desarrollo.

La misma pauta comparativa propone **Mamadou Diouf** entre África y Asia del sur, en un intento de poner al alcance de los historiadores africanos postcoloniales, los métodos de la escuela india de los *subaltern studies*.

Para **Fontana**, la solución consistiría en agrupar los elementos que se pretenden estudiar, en marcos territoriales distintos a los de los estados-nación actuales, utilizando criterios no territoriales.

**Robert Gregg** ha denunciado la trampa frecuente en que caen los ejercicios comparativos, de legitimar las visiones del excepcionalismo de su propio país, como sucedió en EE.UU., donde consideraban que eran los historiadores de todas las otras naciones los que estaban equivocados.

Hasta ahora **Fontana** ha hablado de aspiraciones no realizadas y problemas mal resueltos, pero el último capítulo lo dedicará a las posibles soluciones y a la superación de la tradicional historia de los hombres para conseguir mostrar la multitud, y cada hombre en detalle.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 7:

Amelang, James S., y Mary Nash  
 Anderson, Bonnie, y Judith Zinsser  
 Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, eds.  
 Baba, Homi K., ed.  
 BAiroch, Paul  
 Bates, Robert H., V. Y. Mudimbe y Jean O'Barr, eds.  
 Belich, James  
 Berenbaum, Michael, y Abraham J. Peck, eds.  
 Bernal, Martin  
 Bryceson, Deborah, Cristóbal Kay y Jos Mooij, eds.  
 Cain, P. J., y A. G. Hopkins  
 Chapman, Valerie, y Peter Reas, eds.  
 Chatruvedi, Vinayak, ed.  
 Chew, Sing C., y Robert A. Denenmard, eds.  
 Childs, Peter, y Patrick Williams  
 Chrétien, J.-P., y J.-L. Triaud, eds.  
 Clark, Robert P.  
 Davis, L. E., y Robert A. Hutteback  
 Diouf, Mamadou, ed.  
 Duud, Peter  
 Etemad, Bouda  
 Fieldhouse, D. K.  
 Gallangher, Elizabeth  
 Gathercole, P., y D. Lowenthal, eds.  
 Goudsblom, Johan, Eric Jones y Stephen Mennell  
 Gregg, Robert  
 Guevara, Ernesto "Che"  
 Guha, Ranahit  
 Gunder Frank, A. y B. K. Gills, eds.  
 Gungwu, Wang, ed.  
 Havinden, Michael, y David Meredith  
 Howe, Christopher  
 Jewsiewicki, Bogumil, y David Newbury, eds.  
 Kardulias, P. Nick, ed.  
 Korol, Juan Carlos, y Enrique Tandeter  
 Lehning, James R.  
 Lerner, Gerda  
 Libernam, Victor, ed.  
 Lüdtke, Alf, ed.  
 Mallon, Florencia E.  
 Marseille, Jacques  
 Mazlish, Bruce, y Ralph Buultjens, eds.  
 McPhee, Peter  
 Moffa, Claudio  
 Neveux, Hugues  
 O'Collins, Robert, James McDonald Burns y E. Christopher Ching  
 Poliakov, Leon  
 Pomeranz, Kenneth  
 Powelson, John P.  
 Prakash, Gyan  
 Rodney, Walter  
 Rollison, David  
 Rosenzweig, R., y D. Thelen  
 Rowbotham, Sheila  
 Sahlins (sic. Shalins), Marshall  
 Said, Edward  
 Samuel, Raphael, ed.  
 Sardar, Ziauddin  
 Scott, James C.  
 Scott, Tom, ed.  
 Sempat Assadourian, Carlos  
 Shanin, Teodor  
 Sioui, Geroges E.  
 Smith, Bonnie G.  
 Spivak, Gayatri Chakravorty  
 Wade John

Waites, Bernard  
 Wallerstein, Immanuel  
 Weber, Eugen  
 Winks, R. W., ed.  
 Wolf, Eric R.

## 8. En busca de nuevos caminos.

**Fontana** afirma que uno de los mayores retos de los historiadores de hoy es el de volver a implicarse en los problemas de nuestro tiempo para mejorar el mundo donde vivimos, como lo hicieron los historiadores del pasado. Los historiadores franceses del primer tercio del siglo XX estudiaban la Revolución de 1789 porque querían contribuir a asentar los fundamentos de las libertades democráticas contra las fuerzas que la amenazaban. Así, en 1940, buena parte de ellos se adhirieron a la resistencia, y otra parte colaboró con los alemanes.

Los historiadores marxistas británicos, después de la Segunda Guerra Mundial se dedicaron a analizar la revolución industrial para entender los fundamentos del capitalismo y aliviar sus males. A los historiadores del siglo XXI les compete encontrar las causas de los dos grandes fracasos del siglo XX: la barbarie y la naturaleza de los mecanismos de la desigualdad.

**Marc Bloch** ya se quejó de la falta de implicación de los historiadores de su tiempo, y reivindicaba la capacidad del historiador para cambiar las cosas. Ahora nosotros no debemos volver a la historia social y cultural o al postmodernismo, aunque conviene tomar lo bueno de ellas. No sólo la revisión es necesaria, también hay que prestar atención a la teoría y el método, para llegar a formarnos una idea clara de las necesidades sociales y difundirla, para alcanzar el fin de influir en la mentalidad, y cambiar en la medida de lo posible, el curso de los acontecimientos, regidos en última instancia por la psicología de los seres humanos.

No debe ser negado el proyecto de un nuevo tipo de historia total, sin encasillarnos en leyes generales de evolución, ni limitarnos a hallazgos puntuales. Y ha de ser tendido un puente entre la memoria personal y familiar, que se proyecta hacia un pasado amplio de experiencias, recuerdos de los mayores, lecturas, imágenes en los medios de comunicación, etc...; y la historia que se enseña en las escuelas.

Una nueva historia total deberá ocuparse de la globalidad de espacios, culturas, grupos sociales. La historia habrá de renunciar al eurocentrismo y a un modelo único de la evolución humana, debiendo ser los hombres y mujeres sus protagonistas activos.

**Walter Benjamin** denunció en sus *Tesis de filosofía de la historia* (uno de los textos filosóficos y políticos más importantes del siglo XX), el gran fraude que la concepción mecanicista del progreso había significado para la clase obrera; y en su inacabado *Libro de los pasajes*, razonaba que el progreso tuvo una función crítica hasta la Ilustración, pero quedó desnaturalizado por la burguesía, auxiliada por la doctrina de la selección natural.

Para **Fontana**, los historiadores deberían partir de la complejidad del acontecimiento, y no de un análisis abstracto que parte de las leyes de la historia hasta el dato puntual, para justificar hipótesis previas. La característica poliédrica de los acontecimientos, determina que puedan ser vistos desde diferentes ángulos, o encajar en diferentes modelos. Si se parte de la solución preestablecida, sólo veremos la dimensión plana de los hechos, no la diversidad de los planos que se entrecruzan en el acontecimiento estudiado, lo que limita nuestras perspectivas.

El cientifismo de finales del siglo XIX pretendió determinar las auténticas ciencias, según su capacidad de predecir sucesos y elaborar leyes, incluso la historia habría de ser capaz de predecir el futuro. Los historiadores se esforzaron en ello durante el siglo XX, pero mientras, la ciencia había superado aquella línea. La ciencia había pasado a poner en un lugar central las relaciones no lineales, mucho más abundantes en la naturaleza y la vida, que los encadenamientos simples y directos de causas y efectos. **Igor Prigogine** explica que tanto en dinámica clásica como en física cuántica, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y no certezas. La existencia de leyes no quita la existencia de acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes.

Mientras la ciencia cuántica actual ha desarrollado un campo de estudios sobre el caos y la complejidad. Los científicos naturales recuperan la historicidad, y dicen, por ejemplo, que la naturaleza está constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos. La ciencia molecular está abandonando la fútil búsqueda de leyes y haciéndose cada vez más histórica. Paradójicamente, los intentos para introducir esta misma óptica historicista en el terreno de la historia no han tenido éxito.

La inteligente idea de **Edward Nell** de reemplazar secuencias lineales encadenadas de causas y efectos habituales en los historiadores, por redes factoriales de relaciones mutuamente dependientes, mucho más adecuadas para explicar el juego de complejas interrelaciones de una sociedad, pasó sin recibir atención.

La linealidad es consecuencia del “fin de la historia”, propugnado por la burguesía triunfante, por el cual se garantiza la existencia de un único orden final de las cosas, hacia el que tienden todas las líneas de evolución. La linealidad a su vez, exige continuidad. Según **Benjamin**, la celebración o la apología se esfuerzan en ocultar los momentos revolucionarios en el curso de la historia. Se olvida así las interrupciones de la tradición.

Para **Fontana**, debe ser superada la idea de progreso con la de actualización, y aproximarnos a lo que ha sido, no de manera historiográfica, como hasta ahora se ha hecho, sino con categorías políticas. Abandonar la linealidad ayudará también a abandonar el eurocentrismo y el determinismo. La acotación de posibilidades por la idea lineal de progreso como único punto concluyente de la realidad, ha llevado a dejar de lado otras alternativas que algunos propusieron, sin darles ninguna oportunidad.

Esta visión sirvió para justificar el imperialismo y el desarrollo sobre la desigualdad; ahora deberíamos ayudar a construir interpretaciones más realistas, en líneas diferentes, y mostrar que no hay un avance único en una sola dirección, sino que el avance es una sucesión de rupturas y bifurcaciones, donde entra en juego la capacidad de elegir. Hemos de elaborar una visión de la historia que nos ayude a entender que cada momento del pasado, igual que del presente, contiene toda una diversidad de futuros

posibles. Uno de todos estos futuros posibles puede acabar convirtiéndose en dominante, por complejas razones, sin que esto signifique que sea el mejor, ni que los otros estén totalmente descartados.

Christopher Hill expresaba: una vez que el acontecimiento se ha producido, parece inevitable, las alternativas se esfuman. La historia la escriben los vencedores, sobre todo la historia de las revoluciones, pero para ver lo que pasó debemos imaginar el momento en que todas las opciones parecían abiertas.

**Benjamin** llamaba a esta idea “giro copernicano de la historia”, que nos haría más libres de la deformación de la percepción de los hechos desde el presente, desde la conciencia desvelada, cuando la política se sobrepone a la historia. Así los hechos se convierten en memoria.

Una historia no lineal nos permitiría recuperar muchas cosas que hemos dejado olvidadas, como el peso real de los pueblos no europeos, la mujer, los proyectos de futuro alternativos que no triunfaron, los subalternos, la cultura de las clases populares... Esta historia no lineal nos ayudaría a escapar de este tiempo de resignación política y de fatiga.

Durante la guerra civil, **Machado** describía el pasado cargado de un cúmulo de esperanzas, ni conseguidas ni frustradas, esto es, un futuro. **Fontana** asegura que la clase de historia que estamos escribiendo y enseñando desde hace más de dos siglos, ha eliminado este cúmulo de esperanzas latentes de su relato. Todo se produce fatal y mecánicamente, en un ascenso ininterrumpido desde las cavernas prehistóricas hasta la gloria equívoca de la postmodernidad en que hoy vivimos. Todo lo que queda fuera de este esquema es tachado como aberración o como utopía inviable.

Otro fugitivo del fascismo, **Walter Benjamin**, que murió un año después del fallecimiento del poeta andaluz y muy cerca del lugar donde aquél falleció, también nos advirtió de los males de la visión lineal, poniendo al fascismo como ejemplo. También criticó este autor, el error en que habían caído la izquierda y el movimiento obrero, de creer que tenían las leyes de la historia de su parte. Benjamin ya proponía al historiador como el físico en la desintegración del átomo, con el fin de liberar las enormes fuerzas que han quedado atrapadas en la explicación lineal de la historia, que ha sido el narcótico más poderoso de nuestro siglo (siglo XX).

Abandonadas en las bifurcaciones y encrucijadas de las opciones, o entre el bagaje de los derrotados, hay muchas cosas que merece la pena recuperar. Son las enormes fuerzas olvidadas de la narración lineal del pasado, de una pretendida historia de progreso que, encima termina mal.

Escribir esta nueva clase de historia obligará a cambiar muchas de las normas habituales de nuestro trabajo. Habrá que desintegrar la falaz continuidad histórica.

Según **Ranahit Guha**, la más perniciosa de las continuidades es la legitimación retrospectiva de las construcciones estatales y la estructura del poder social de nuestro tiempo. Guha coincide en muchos aspectos con **Benjamin**, examinando las convenciones que hacen escoger determinados hechos como históricos.

La tradición de estatismo arranca de los orígenes del pensamiento histórico moderno, en el renacimiento italiano. El ascenso de la burguesía en Europa lo reforzó durante los tres siglos posteriores, de modo que la política oficial del estado, se convirtió en la sustancia misma de la historia, que desde el siglo XIX se integró en el sistema académico de programas y su propagación en la enseñanza. Esta deformación extiende su influencia más allá del área del poder establecido. Pero la visión de la historia de los vencidos no puede limitarse a la visión del proyecto frustrado que olvida los motivos reales que llevaron a la revuelta.

Según **Benjamin**, hay que ver el conjunto de los acontecimientos sin distinguir los pequeños de los grandes, tomando conciencia de que nada de lo que ha sucedido se ha perdido para la historia. Sólo la humanidad redimida podrá citar el pasado en cada uno de sus momentos.

Para **Guha**, es necesario otro tipo de escritura que sea capaz de escuchar a la vez las diversas voces de la historia, no sólo la de los dirigentes, que relatan su proyecto y relegan todos los demás. Para integrar las otras voces de la historia, es preciso romper la linealidad, inherente a la estructura narrativa. La estructura de la historia fue formada con coherencia y linealidad en la historiografía posterior a la Ilustración. Contra el discurso estatista, habría que introducir un cierto desorden como exigencia. Qué forma adoptará este desorden, es difícil de predecir. Para Guha, la destrucción de la narratología burguesa será la condición previa para esta nueva historiografía.

Este mismo problema lo ha planteado **Robert Gregg**, que ha producido estudios comparados entre la historias de EE.UU. y África del Sur. Gregg opina que existe la posibilidad de otro tipo de relatos que permitan superar los sesgos del excepcionalismo. El problema mayor es poner orden en la multitud de narraciones para conseguir algún tipo de síntesis. Sería este un método polifónico que obligaría a una investigación mucho más compleja, con barreras altas de entrada, para abordar una historia universal. El abandono de la narrativa burguesa, que es la dominante en nuestra historiografía, podrían ayudar a superar otro defecto habitual: la racionalización a posteriori.

El ser humano es, más que un animal racional, un animal racionalizador, que justifica a posteriori con razones imaginadas, muchas decisiones que surgen de zonas oscuras de su mente (prejuicios, miedos o aspiraciones inconfesados). Ello explica que hombres y mujeres reales sean por naturaleza contradictorios y que sus actos no se ajusten a la imagen coherente que quieren dar de sí mismos.

El llamamiento de **Fontana** no es una proclamación de relativismo, como podría parecer, sino la defensa de una pluralidad de visiones objetivas que correspondan a la diversidad imprevisible de la propia vida. Esta diversidad ha sido simplificada por los hábitos del pensamiento científico tradicional, y tal como dice **Feyerabend**, empobrece nuestra visión, al no aceptar los fenómenos tal como son, sino cambiándolos mediante la abstracción o la experimentación, dos procedimientos que eliminan los rasgos particulares de los objetos de estudio.

Deberíamos ir un paso más allá, explorando la forma en que en cada momento de su vida los seres humanos escogen aspectos concretos de la realidad, en función de las necesidades del momento. **Benjamin** intuyó estos aspectos sobre la cognoscibilidad del pasado y la fijación de sus imágenes.

La función de la memoria colectiva es ejercida por la historia, al servicio de los hombres y mujeres que la asumen como propia. Esto tiene gran semejanza, según la neurobiología actual, con lo que representa la memoria personal para un ser humano.

Sabemos que la memoria personal no es un depósito de representaciones, sino un complejo sistema de relaciones que tiene un papel esencial en la formación de la conciencia. Una de sus funciones más importantes es la de elaborar recategorizaciones de las experiencias. Los neurobiólogos nos dicen que la conciencia se vale de la memoria para evaluar las situaciones a las que el individuo debe enfrentarse, mediante la construcción de un presente recordado, que no es la simple evocación de un momento determinado, sino la puesta en juego de experiencias del pasado, al cual pueden incorporarse los elementos nuevos del presente.

Del mismo modo, los historiadores, al trabajar con la memoria colectiva, construyen “presentes recordados” para contribuir a la formación de la conciencia colectiva que corresponde a las necesidades del presente. El pasado se compone como un escenario en el que encajar e interpretar los hechos nuevos que se nos presentan. Se quiera o no, o se sea o no consciente de ello, el historiador trabaja siempre en y para el presente. Para **Benjamin**, los acontecimientos que rodean al historiador, y en los que éste toma parte personalmente, están implícitos en la base de su exposición. La historia que llega al lector es un conjunto de las citas (visibles e invisibles) del texto resultante.

**Fontana** presenta todas estas propuestas de revisión teórica, aún en planos confusos que apuntan al futuro, como una contribución a esfuerzo colectivo de reconstruir la práctica de la historia de forma que nos permita aproximarnos eficazmente a los problemas de nuestras sociedades y de nuestro tiempo. Por su mejor conocimiento de la evolución de las sociedades humanas, es al historiador al que corresponde denunciar los engaños y reavivar las esperanzas, para, como dijera **Tom Paine**, volver a empezar el mundo de nuevo.

Para **Fontana**, la historia en malas manos puede convertirse en una temible arma destructiva, ya que representar el pasado y la forma de vida de las poblaciones es expresión y fuente de poder. Estas representaciones pueden servir de base a los programas más aberrantes. Según **Linda Colley**, millones de hombres y mujeres han muerto a causa de ellos.

Malos historiadores han contribuido a malas fabricaciones sobre el pasado, de las cuales se han alimentado políticos, periodistas y fanáticos. Y esto desgraciadamente no es cosa del pasado, sino que hoy abundan en la base misma del presente, multitud de prejuicios que se usan para justificar las más diversas formas de opresión y de exterminio, con el pretexto de superioridades raciales, civilizadoras, laicas o religiosas. Ejemplo de ello son los casos de Ruanda, Yugoslavia, Palestina o Afganistán. Los talibanes, por ejemplo, convencidos de que habían sido ellos los que habían acabado con la Unión Soviética, olvidando las causas del declive interno ruso y la ayuda prestada por los EE.UU. a la causa talibán contra la URSS; decidieron emprender la guerra santa a escala planetaria y reanudar la expansión que el Islam había experimentado en los siglos VII y VIII. La propia persistencia del racismo se basa, sobre todo en planteamientos históricos, como los del libro *The Turner diaries*, manual de los grupos racistas radicales en EE.UU.



Pero aún hay una falsificación más grave: la que nos hace aceptar las cosas tal como son, sin intentar hacer ningún esfuerzo para cambiarlas. Ello en el nombre de las leyes de la historia, que han conducido al triunfo del liberalismo y de la globalización.

Conscientes de la trascendencia perversa que pueden tener las visiones del pasado mal entendidas, no es lícito que nos desentendamos del problema en nombre de una imposible neutralidad que no impedirá que los “poderes” sigan haciendo un uso adoctrinador de la historia.

En las circunstancias confusas y difíciles del presente, a los historiadores nos corresponde combatir los prejuicios basados en lecturas malsanas del pasado y las profecías paralizadoras de la globalización. Debemos contribuir a que se perciban con mayor claridad los diversos caminos de las posibilidades de elección que se abren ante nosotros. Debemos responsabilizarnos de tratar que entre todos escojamos los que puedan conducirnos a una sociedad posible en la que haya mayor igualdad y mayor libertad.

Este objetivo, al igual que la experiencia de la historia como análisis, han pretendido ser descalificados. Muchos han perdido las esperanzas de triunfo y han abandonado el combate, sin darse cuenta que a pesar de haber perdido, se ha conseguido cambiar muchas cosas. Así lo entendía también **William Morris** cuando en 1887, conmemoraba la gran derrota colectiva de La Comuna de París explicando que había sido un eslabón en la lucha de los oprimidos contra los opresores, siendo necesaria, como el resto de eslabones, para mantener la esperanza de una victoria final.

**Fontana** no está seguro de que hoy pensemos en una victoria final, ilusión esta también fruto de las falacias del progreso lineal; más bien aspiramos a algunos logros más modestos, aunque merecedores del esfuerzo y la lucha.

Dijo **Paul Eluard**: “Aunque no hubiese tenido en toda mi vida más que un solo momento de esperanza, hubiese librado este combate. Incluso si he de perderlo, porque otros lo ganarán. Todos los otros”.

Lista de autores de la bibliografía esencial para el capítulo 8:

Benjamin, Walter  
 Bloch, Marc  
 Bond, George Clement, y Angela Gilliam, eds.  
 Cohen, Paul A.  
 Cornwell, John, ed.  
 Edelman, Gerald M., y Giulio tononi  
 Feyerabend, Paul  
 Gee, Henry  
 Gildea, Robert  
 Gregg, Robert  
 Halbwachs, Maurice  
 Hill, Christopher  
 Jacoby, Russell  
 Löwy, Michael  
 Nell, E. J.  
 Phillips, Mark Salber  
 Pollack, Robert  
 Prigogine, Ilya  
 Rosenzweig, Roy, y David Thelen  
 Walker, Mack

# Índice

Presentación.....	1
Prólogo.....	2
1. El agotamiento del modelo académico tradicional (1918-1939).....	3
2. La historia económica y social.....	6
2. Los marxismos.....	14
3. Las guerras de la historia.....	19
4. El giro cultural .....	26
5. La crisis de 1989.....	31
6. Por una historia de todos.....	37
7. En busca de nuevos caminos.....	44
Índice.....	50